11615

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN REGALO DE BODA

DRAMA LIRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MÁRCOS ZAPATA

MÚSICA DEL

MAESTRO MARQUÉS.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1885.

UN REGALO DE BODA

DRAMA LÍRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARCOS ZAPATA

MÚSICA DEL

MAESTRO MARQUÉS.

Estrenado la noche del 5 de Diciembre de 1885 en el Teatro de la Zarzuela.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1885.

PERSONAJES.	ACTORES.
LEONOR	SRTA. SOLER DI-FRANCO.
LUZ	SRA. LATORRE.
MAGDALENA	» BRIEVA.
ALBERTO	SR. BERGES.
GUSTAVO	» FERRER.
EL ABAD DEL PERDÓN	» LOITIA.
CÉSAR	» OREJÓN.

Coro de ambos sexos.

La acción en Holanda, á principios del siglo actual.

Derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

DON FLORENCIO FISCOWICH

Su estimable amigo,

MARCOS ZAPATA.

ACTO PRIMERO.

Salón ochavado en la planta baja de un castillo de recreo, situado en Holanda y á las orillas de un golfo. Á la izquierda dos puertas, y entre ellas, embutida en el muro, una hornacina ojival con un lienzo del Crucificado en su interior y con hojas practicables, que se abrirán á su tiempo. Á la derecha un postigo con cerrojo practicable en la primera caja, ventana también practicable en la segunda, y puerta en la tercera. Al foro puerta grande con salida á la derecha, y á entrambos lados de la puerta, dos consolas de lujo, y sobre ellas cuatro magníficos jarrones adornados con abundantes flores. Ricos sillones de baqueta colocados junto á la pared y en los ángulos de la habitación. La fábula comienza á desarrollarse en verano y á la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, LUZ y CORO GENERAL.

MÚSICA.

CORO. La tarde ha trascurrido,
no viene ya.
Otro día perdido
sin novedad.

MAG. ¿Creeis que don Alberto
piensa en venir?

CORO. ¿Sabeis algo de cierto?

MAG. Lo vais á oir.

—

Yo sé que el señorito
prisionero quedó
en las dulces cadenas
que fabrica el amor.

CORO. Y que dócil al yugo
de hechicera beldad,
se le pasan los días
sin cuidarse de más.

MAG. Si en el yugo amoroso
él se encuentra feliz,
en cambio aquí su padre
no hace más que sufrir.

CORO. ¡Quiera Dios que no llegue
su pasión á turbar
de este hermoso retiro
la ventura y la paz!

—

MAG. Según mis noticias
la novia es un sol.

CORO. ¡El cielo nos libre
de una insolación!

MAG. y CORO. Nuestra paz en el castillo
se podrá comprometer
si nos toca algún diablillo
en figura de mujer.
Adios nuestra fortuna,
si da el galán
de bruces contra alguna
calamidad.

—

UNOS. Yo no lo aguanto.

OTROS. Tampoco yo.

TODOS. ¡Ay cielo santo,
qué situación!

—

(Luz, que permanece desde que se alzó el telón cerca de la puerta segunda de la izquierda, ajena á lo que cantan Magdalena y el Coro, mirando al exterior y dando visibles muestras de impaciencia, exclama de pronto:)

LUZ. Silencio.

CORO. ¿Qué sucede?
LUZ. Atención, escuchad.
Un coche se aproxima
con gran velocidad.
(Se oyen las campanillas de un tiro de postas.)
CORO. Las alegres campanillas
del correo de Iversé.
¿Si vendrá con el correo?
MAG. No es probable.
LUZ. Fácil es.
CORO. Por si la ocurrencia
le dió de venir,
del amo al encuentro
debemos salir.
(Vanse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA II.

Entran ALBERTO y CÉSAR, seguidos del Coro.

ALB. (Desde la entrada.)
Salud, amigos míos.
CORO. Bien venido seais.
LUZ. Alberto. (Yendo á su encuentro.)
ALB. (Abrazándola.) Luz hermosa.
Aquí me tienes ya.
LUZ. (Ap.) (Mil gracias por tu padre
que muere de ansiedad.)
ALB. (Id.) (Al ver que estoy de vuelta
su pena calmará.)
(Señalando á D. César.)
Á mi amigo don César
te quiero presentar,
estudiante de cura,
y no te digo más. (Con malicia.)
LUZ. (No es feo el estudiante.)
CESAR. (La niña es celestial.)
MAG. (Conozco al presentado:
¡valiente pieza está!)
ALB. (Al Coro: dos coristas se retiran por la primera puerta izquierda, y vuelven con una botella y dos

copas en una bandeja.)

¡Á ver, una botella!
¡Á prisa... voto va!
La empolvada garganta
es hora de limpiar.

(Alberto le presenta una copa de vino á César y él toma otra.)

CESAR. (Rechazando la copa.)
Dispensa, no tengo
maldita la sed.

ALB. (Insistiendo.) Un brindis volando,
y arriba después.

LUZ. (Á Alberto por César.)
(¡Qué aire tan sencillo!)

ALB. ¡Mucho! (Á Luz con ironía.)

LUZ. (Id.) ¡Qué candor!

ALB. (Id.) No hay pillo más largo
ni zorro mayor.
¡Ea, vamos!... (Á César.)

CESAR. (Con aparente disgusto.)
¡Qué empeño!
¡No hay medio de escapar!
Brindaré por las leyes
de la hospitalidad.

ALB. No es eso, amigo César.

CESAR. Pues brinda tú por mí.

ALB. Acepto el compromiso.
(Te vas á divertir.) (Á César, ap.)

CESAR. (¡No comprometas (Á Alberto.)
mi dignidad!)

ALB. (¡Voy tus secretos (Á César.)
á revelar!)

—

Señores, brindo (Á todos.)
por el amor.

CORO. El tema es lindo.

MAG. y CESAR. ¡Jesús, qué horror!

—

ALB. (Dirigiéndose particularmente á César.)
Gime en cárcel dorada,
y muere de ansiedad,
el ave aprisionada

pidiendo libertad.
Esclavo en su cadena
sin vida ni expansión,
muriendo está de pena
un pobre corazón.

—

Y en vano el ave
contempla el cielo
y el raudo vuelo
pretende alzar.
Y el alma en vano
llora y suspira
si atada mira
su libertad.

—

¡Ay, si el ave que gime sin calma
su vuelo algún día
pudiera tender!
¡Ay, si el puro deseo del alma
su cárcel impía
pudiera romper!

—

CORO. ¡Ay, si el ave que gime sin calma! etc.

—

CESAR y CORO. ¡Viva la franca
sinceridad!
¡Viva, señores,
la libertad!

—

ALB. Los gustos y deberes
pugnando en tí verás,
¡que aquello que más quieres
se te prohibe más!
No sigas tu carrera,
no tienes vocación,
ni dejes que se muera
tu ardiente corazón.
(Todos con Alberto.)
Al impulso del viento lanzada
la chispa ser puede
terrible volcán.
Del amor una sola mirada

el alma y la vida
nos puede abrasar.

—

De un grano de semilla
brota una flor.
Del brillo de unos ojos
una pasión.
Los gustos y deberes
pugnando están,
que aquello que más quieres
te cuesta más. (Acaba la música.)

HABLADO.

ALB. (Al Coro.) Vuestro saludo recibo
con placer...

CESAR. (Por Luz, con entusiasmo.) (¡Encantadora!)

ALB. Pero, amiguitos, ahora
cada mochuelo á su olivo.
(Vase el Coro por la segunda puerta izquierda.)

ALB. (Á César, después del mútis del Coro.)
De tu casa posesión
solemnemente has tomado,
y por si te hallas cansado
ahí tienes tu habitación.
(Señalando á la segunda puerta de la derecha.)
La señora Magdalena
(Indicando á Magdalena con sonrisa irónica.)
podrá servirte de guía.

CESAR. Mil gracias. (La compañía
es de rechupete!)
(De mal talante á César por Magdalena.)

ALB. (Riendo.) (¡Buena!)
Más tarde conocerás
á mi padre.

CESAR. Tendré en ello
sumo gusto.
(Saluda á Luz al pasar y dice al tiempo de meterse con Magdalena por la segunda puerta de la derecha.)
(Yo me estrello

¡Qué mujer!... No diga más.)

ESCENA III.

LUZ y ALBERTO.

ALB. (Dándole una palmadita en el hombro y restregándose las manos.)
¡Querida Luz, has flechado
á nuestro huésped!

LUZ. (Con sonrisa irónica.) ¿De veras?

ALB. (Con prosopopeya.)
¡Oh, si al ilustre heredero
de la famosa y egregia
Abadía del Perdón,
proverbial por sus riquezas!
¡Lástima que no se casen (Transición.)
los abades!

LUZ. (Regañándole.) ¿Aun te quedan
ganas de andarte con bromas
después de tan larga ausencia?

ALB. ¡No hablo en broma! Es que deploro
amargamente, que sean
matrimonio y abadía
incompatibles. Don César,
por más que lo disimule,
tiene afición á las hembras,
pero encontrándose el pobre
sometido á este dilema
ó ceñirse la sotana,
ó renunciar á la herencia,
se vé en la necesidad
de cantar misa á la fuerza.

LUZ. Pues con su pan se lo coma
y que sea enhorabuena.
¿Por lo visto, no tenemos (Transición.)
que hablar de cosas más sérias?
¡Me parece que te falta
un tornillo en la cabeza!

ALB. ¡Dí mejor, que la he perdido
y alma y corazón con ella!
(Con entusiasmo y dando un suspiro.)

LUZ. Más no creo que el amor
te ciegue de tal manera
que te olvides del cariño
de quien te dió la existencia.

ALB. Tienes razón en mostrarte
por todo extremo severa
conmigo. ¿Quiéres reñirme?
Lo llevaré con paciencia.
¡Luz, el día que te mires
de amor en las redes presa,
sufrirás... ¡lo que hoy no sufres
y tendrás más indulgencia!

LUZ. Puede ser. (Con tono indiferente.)

ALB. ¡Bah! de seguro.

LUZ. ¿Y mi carta? (Transición.)

ALB. La respuesta
te traigo personalmente.
Vamos, habla con franqueza:
¿Qué novedad hay en casa
que justifique la urgencia
de tu aviso?

LUZ. Una ¡y muy grave!
Oye y juzga. ¡Quién de cerca
uno y otro día asiste
á tu padre y lo contempla
cada vez más abatido!
¡Teme por él!

ALB. Nada temas.
Esa postración es hija
de su carácter.

LUZ. ¡Aumenta
á medida que tú faltas
de su lado!... Considera
si no hice bien en llamarte,
sabiendo que tu presencia
es la mejor medicina
para mitigar sus penas.

ALB. Has hecho perfectamente,
y te lo agradezco. ¡Ea!
corro en su busca.

LUZ. En la playa

debe hallarse. Una advertencia.
¡Está un poco disgustado
contigo!

ALB. ¡Ban! no me arredra.
Nuestros mayores disgustos
con un abrazo se arreglan.
Conque hasta luego, ¡y mucho ojo (Riendo.)
si acaso te habla don César!
¡Ya sabes que no se casan
los ministros de la iglesia!

LUZ. Vaya, déjate de bromas
y á ver á tu padre vuela.

ESCENA IV.

LUZ queda un momento en actitud reflexiva.

Muchas veces me pregunto.
¿Qué pesadumbres aquejan
á mi bienhechor, al hombre
que ha sido mi providencia?
Y por más que lo procuro
no consigo dar con ellas.
¡Él tan bueno, tan piadoso,
cuya virtud se celebra
con aplauso, cuyo nombre
bendicen Holanda y Bélgica!
¡Él, que gozar se merece
de la apacible existencia
de los ángeles, llevando
una vida de tristezas!
¡Aquí se esconde un misterio
poderoso! ¿Y quién acierta
á descifrarlo?... Es inútil
que me quiebre la cabeza.

ESCENA V.

LUZ y CÉSAR, que viene por la segunda puerta derecha.

CESAR. (Saludando, descubriendo y dejando el sombrero sobre un mueble.)

¿Señorita?...

LUZ. (Inclinando la cabeza.) ¿Caballero?...

CESAR. (¡Yo no sé lo que me pasa!)
(Dando nn suspiro.)
Un favor. ¿Tiene esta casa
salida al embarcadero?

LUZ. (Señalando la primera puerta derecha.)
Tiene este postigo.

CESAR. ¿Sí?
(¡Qué mujer!... ¡Dios nos asista!)
(Un nuevo suspiro.)
Hermoso golpe de vista
(Mirando por la ventana.)
se descubre desde aquí.
La tarde cayendo va
entre nubes de arrebol.

LUZ. ¡Vereis qué puesta de sol
tan linda!

CESAR. No lo será
más que vos, seguramente.

LUZ. (Sorprendida y riendo.)
¿Digo el abad?

CESAR. Señorita,
me parece que no quita
lo cortés á lo valiente.
Ni el hacer un buen abad,
cuando Dios sea servido,
y ser atento y cumplido
delante de una beldad.

LUZ. Si el futuro señor cura
maneja la Teología
como la galantería
tiene una mitra segura!

CESAR. (Rápido y con énfasis cómico.)
Y tal vez el opulento
birrete cardenalicio...
¡Y hasta el sólio pontificio!

LUZ. (Con sonrisa burlona.)
¿Papa?...

CESAR. Justo, con acento.

LUZ. ¡Qué humor tan original!

CESAR. ¡Y qué escrúpulos de monja!

¿Por lo visto, una lisonja
es un pecado mortal?

LUZ. Pero lisonjas en vos
¿cuadran bien? ¿No hacen agravios
á los cielos, unos labios
que se consagran á Dios,
ocupándose un instante
en la belleza mundana?

CESAR. (Interrumpiendo con rapidez y resolución.)
Voy á colgar la sotana,
no pasemos adelante.

LUZ. (Mostrándose sorprendida.)
¿Cómo? ¿Qué?...

CESAR. ¡Pero chitón!
¡Ni una palabra siquiera!...
Si mi tio lo supiera
le daba una congestión.

LUZ. Siendo así no discutamos: (Sonriendo.)
recojo todo lo dicho.
¡Lo siento por un capricho
(Con aparente dolor.)
que tenía!

CESAR. ¿Sí? Veamos.

LUZ. Pues nada, que en la creencia
de que os ibais á ordenar
muy pronto, os quise nombrar
director de mi conciencia.

CESAR. ¿Y no os inspira un amigo
confianza suficiente?
¿Tendriais inconveniente
(Con dulzura y súplica cariñosa.)
de confesaros conmigo?

LUZ. Me dijo Alberto hace poco,
(Marcando las palabras.)
hablando de vos aquí,
«¡Luz, no te fies!...»

CESAR. ¡Asi,
(De mal talante y con indignación.)
así me paga ese loco!
Más yo juro que al traidor
le va muy cara á costar
la broma!... ¡Lo haré tronar

con mi prima Leonor!

LUZ. ¿Su novia?...

CESAR. Precisamente.

LUZ. ¡Que debe ser hechicera!

CESAR. Un bocado de primera,
mejorando lo presente.

LUZ. ¡Ya escampa!...

CESAR. ¡Yo estoy febril!

LUZ. ¿Si tendrá razón Alberto?
(Con sonrisa burlona, aproximándose á la ventana, mirando al exterior y mostrándose como indiferente á lo que habla César.)

CESAR. ¡No, señora, no por cierto;
es una calumnia vil!
¡Es un ataque insensato,
es una mala partida,
es... escuchad de mi vida
el verídico relato!
¿Qué diantre mirais?
(Con disgusto al observar la distracción de Luz.)

LUZ. ¿Qué miro?...
¡Ved qué golfo, ved qué puesta!
(Señalando al exterior.)
Parece que el sol se acuesta
en un lecho de záfiro.

CESAR. ¿Si? ¡pues que se hunda en su lecho
como le diere la gana,
y cerrad esa ventana
(Con tono suplicante.)
que voy á abriros mi pecho!
(Luz cierra la ventana. Pausa breve.)
Soy joven, tengo salud,
y gracías á la fortuna,
he nacido en noble cuna
lo cual no es una virtud.
Veínticuatro cabalitos
cumplo por la Navidad.
¡Como quien dice, la edad
de los grandes apetitos!
Mi padre fué hijo segundo
de un marqués; gastó sín tasa,
se comió toda la casa

y murió en el Nuevo Mundo.
Dejóme, pues, heredero
único de su grandeza,
con muchísima nobleza
y poquísimo dinero;
mas el abad del Perdón,
de mi padre, primo hermano,
quiso tenderme una mano
y darme su protección,
viendo que yo le ofrecía
si me ordenaba de cura,
excelente coyuntura
para salvar su abadía,
Que si no hay alguno dentro
de la familia que quiera
ordenarse, cuando él muera
le sale el Fisco al encuentro.
Yo al principio obedecí,
sin conciencia ni albedrío.
«¡Sé cura!!« dijo mi tío.
«Lo seré!!«—Le respondí!!
Y me vistieron de negro
y estudié con mucho afan,
y hecho me ví capellan
in principium.

LUZ. ¿Sí? Me alegro.

CESAR. Pasó el tiempo, al fin me hallé
en los dieziocho frisando,
y cierta día mirando
unos ojos, ¡desperté!

(Desde este momento comienza á rebajarse la batería gradual y paulatinamente, siendo ya noche cerrada al final de la escena siguiente.)

LUZ. ¡Buena siesta! Como hay Dios
que es la historia divertida.

CESAR. Calma, calma, que en seguida
entrais en materia vos.
Y no hay que sentir enojos
de aquellos limpios luceros
que han sido los mensajeros
de vuestros divinos ojos.

LUZ. ¡La gracia de hacerme plato

de segunda mesa, es fina!

CESAR. Os hago plato de china,
y continúo el relato.
Quedóse mi corazón
como ya os dije, sin calma,
llamó á las puertas del alma
y la hizo esta reflexión:
«¡Qué lástima, no poder
disfrutar de una abadía
en la dulce compañía
de tan hermosa mujer!»
Y aunque volando á mi oído
vino á zumbarme el demonio,
acerca del matrimonio
un discurso muy florido,
no pudo triunfar su lógica
de tan simpática idea,
y desde entonces flaquea
toda mi ciencia teológica.
Mil veces se me antojó
decirle á mi tio:—«Tio,
basta ya, no paso el río,
¡no me ordeno!... se acabó.»
Mas como él, en pura plata,
es todo mi porvenir
y me podría salir
el tiro por la culata,
y sería poco hidalgo
romper así de repente,
con el único pariente
que me puede dejar algo.
¡Jamás logré articular
ni una sílaba de miedo!
Pero hoy, Luz, no retrocedo,
que os he visto y he de hablar.
¿Á qué esa mirada esquiva
cuando á demostraros voy
que mi alma vive desde hoy
en vuestras redes cautiva?
¡Sed clemente, sed humana,
y aquí, Luz, mi historia acabo!
¿Quereis servirme de clavo

para colgar la sotana? (Doblando una rodilla.)

LUZ. Como nunca imaginé
(Con afectada confusión y sonriendo irónicamente.)
de vos... cosa semejante,
me encuentro así vacilante.

CESAR. (Levantándose y con mucha alegría.)
¡Buena señal!

LUZ. (Riendo.) ¿Sí? ¿De qué?

CESAR. (Rápido.) ¡De que sereis mi futura,
de que me habeis escuchado
de que hemos simpatizado
y de que no me hago cura!

LUZ. ¡Qué candidez! ¡Qué ilusión!
Que se case ó que se ordene
(Con desden y naturalidad.)
á mí todo eso me tiene...

CESAR. ¡Bah! (Con incredulidad y énfasis.)

LUZ. Sin pizca de aprensión.

CESAR. No lo creo.

LUZ. Pues yo sí,
Y puede para colgar
la sotana ir á buscar
otro clavo por ahí.

CESAR. ¡Pero Luz!... (Con súplica y disgusto.)

LUZ. El tiempo pasa
y me retiro volando.
(Medio mútis hacia la primera puerta de la izquierda.)

CESAR. Es que...
(Aproximándose á Luz con tono insistente y apasionado.)

LUZ. Me están esperando
los quehaceres de la casa.

CESAR. ¡Os trataré sin piedad
en la segunda entrevista!

LUZ. (Con gran ironía.)
¡Y no habrá quien os resista!
¿No es cierto, señor abad?
¡Já!... ¡já!... ¡já!...

CESAR. (Con disgusto.) —¿Os reis?

LUZ. —Me río
de la entrevista segunda.

¡Vais á llevar una tunda
de padre y muy señor mío!
Por qué suele á lo mejor
el hombre más eminente...

CESAR. (Interrumpiendo y sonriendo amargamente.)
¿Ser un tonto?

LUZ. Justamente,
en el arte del amor.
¡Ó haber llegado quizá
(Con mucha intención.)
demasiado tarde!...

CESAR. ¿Tarde?...
¿Tenis novio?... (Con rapidez y ansiedad.)

LUZ. ¡Dios os guarde!
(Riendo y saludando con la mano al retirarse por la primera puerta de la izquierda.)

CESAR. ¡Luz!... ¡Luz!...
(Desde la puerta, con súplica ansiosa y gritando. Se oye la voz de Magdalena dentro y á la segunda puerta derecha.)

MAG. (Dentro.) ¿Tan pronto? ¡Allá va!

ESCENA VI.

CÉSAR y MAGDALENA que viene por la segunda puerta derecha con un candelabro de bujías encendidas.

CESAR. ¡Tiene novio! No me asombra.
(Por Luz desde la puerta.)
¿Qué dices de esto, qué dices?
(Como hablando consigo.)

MAG. ¿Muy buenas noches?
(Sale Magdalena con el candelabro y lo deja sobre la consola de la derecha.)

CESAR. ¿Felices?
(Con sorpresa y como con disgusto.)
(¡Detrás de la Luz la sombra!) (Por Magdalena.)

MAG. ¡Dispensad, no se encendió
antes, porque todavía
me parece que es dia!...
(Con sonrisa burlona.)

CESAR. Nadie os los disputa.

MAG. (Con extrañeza.) ¿No?
¿Pues no acabaís de pedir
luz?
CESAR. ¿Quién? (Sin adivinar el equívoco.)
MAG. ¡Vos! Y con urgencia.
CESAR. (¡Ah, sí! la coincidencia...
el nombre...)
(Adivinando y sonriendo. Pausa conveniente.)
MAG. (Quiero salir
de dudas.) (Reflexionando.)
CESAR. (¡Buen ejemplar
para cazar con hurón!) (Por Magdalena.)
MAG. (Abordemos la cuestión.)
(Mirando con insistencia á D. César. Otra pausa breve.)
CESAR. (Qué manera de mirar!)
MAG. Don César, voy á pediros
un favor.
CESAR. ¡Sepamos qué!
MAG. Sois muy amable.
CESAR. Tendré
especial gusto en serviros.
MAG. ¿No haceis memoria de mí?
(Marcando las palabras.)
¿No me recordais? Lo siento
Yo os reconocí al momento
de presentaros aquí.
(Con cierta insinuación cariñosa.)
¿Se acuerda el futuro Abad
que hace seis años, había
una gran repostería
frente á la Universidad?
CESAR. ¡Dulces recuerdos pasados!
(Con énfasis y dolor cómicos.)
Conocí á su propietaria,
(Transición y desden burlón.)
una vieja estrafalaria
que usaba lentes ahumados.
MAG. ¡Una persona decente (Con rabia y energía.)
y una señora completa!
CESAR. Que se arruinó por coqueta
y acabó trágicamente.

MAG. ¡Falso... falso! ¡vive Dios!
CESAR. Pero...
MAG. ¡Calumnia menguada!
(Con creciente disgusto.)
CESAR. No os pongais tan enfadada
que no se trata de vos.
MAG. ¡Con cuánto mejor derecho
(Marcando las palabras.)
ella deciros pudiera
algo!...
CESAR. ¿Qué?... (Con risa y desden.)
MAG. ¡Qué os escociera!
Cuando le hayais satisfecho
la cuenta que le debeís
¿no es verdad, señor ingrato?
para darla tan mal trato
en libertad quedareis.
CESAR. (¡Cielos, qué revelación! (Alarmado.)
¿Si será? ¿Si no será?)
MAG. Y aun añadiera quizá
y con sobrada razón,
que á pesar de sus cincuenta,
os oyó más de una vez
requebrarla!...
CESAR. ¿Si? ¡Pardiez,
(Repuesto ya y con burla.)
pues que me le tome en cuenta!
MAG. ¡Sois tan precoz como aleve! (Con ira.)
CESAR. Como todo caballero (Con desenfado.)
cuando no tiene dinero
para pagar lo que debe.
MAG. De escuela tan seductora
no envidio la moraleja.
CESAR. ¿Y el requebrar á una vieja
no vale nada, señora?
MAG. ¡Vieja que os mataba el hambre!
CESAR. ¡Porque pagaba un favor!
MAG. ¿Cuál?
CESAR. ¡El de hacerla el amor
cuando ya estaba en fiambre!
MAG. ¡Qué corazón tan ruín!
(Magdalena se cala unos lentes ahumados.)

CESAR. Eso conforme y según.
¡Los anteojos!... ¡Cataplun!
(Al reconocerla, con disgusto y sorpresa cómicos.)

MAG. ¿Me reconoceis el fin?

CESAR. (¡Oh raza imperecedera
(Con entonación también cómica y con cierto énfasis.)
de acreedores ingratos,
que teneis como los gatos
siete vidas en cartera!)

MAG. ¿Fué de aparentar olvido (Con sorpresa.)
intención deliberada,
ó es que estoy tan demudada
que no me habeis conocido?

CESAR. ¿Y quién, hablando de veras,
reconoceros podría,
si vuestra fisonomía
son ese par de vidrieras?
Por lo demás, francamente,
poco ó nada habeis cambiado,
seguís en el mismo estado
moral y físicamente.
En perfecta posesión
de todos vuestros hechizos,
sin olvidar los postizos
y piezas de quita y pon.
Ni ese herpético matiz
que os imprime un no sé qué,
ni esas manchas de rapé
que os sombrean la naríz.

MAG. (Con rabia reconcentrada y con risa sarcástica.)
Muy bien. ¡Adelante! ¡Vaya!
¿No teneis que decir más?

CESAR. (De mal talante, cogiendo el sombrero y dispuesto á marchar.)
¡Os dejo con Satanás
y me voy hacia la playa!

MAG. (Marcando las palabras irónicamente.)
¡Pues, abur, y hasta la vista!
Pronto sabrá el mundo entero
que sois todo un caballero.

CESAR. Pues ya se vé, (Con énfasis.)

MAG. ¡Petardista!

CESAR. (Aproximándose un poco á Magdalena.)
No os molesteis, dispensad,
no teneis crédito en nada.

MAG. ¿Por qué?

CESAR. ¡Porque estais quebrada!...
Os falta la autoridad.
¡Y sepa, doña Conserva,
que para ganarle el juego,
(Marcando las frases.)
aun guardo de aquel don Diego
tres cartitas de reserva!

MAG. ¡Mentira! (En una explosión de rabia.)

CESAR. ¡De aquel gentil
amador!...

MAG. (Con furia creciente.) ¡Dios me perdone!

CESAR. ¡Y qué cosas dice!... ¡Os pone
como hoja de peregil!

MAG. ¿Será capaz?

CESAR. ¿Por qué no!
Dejad que ría la gente!
á mandíbula batiente,
como ahora me río yo.
¡Já!... ¡já!... ¡já!...
(Aproximándose al foro para hacer el mútis.)

MAG. (Yendo hacia César con gesto amenazante.)
¡Pillo!

CESAR. (Con sorna. ¡Infeliz!

MAG. (En el colmo de la furia.)
¡Lo quiere! ¡Seré una hiena!

CESAR. (Riendo y marchando por el foro derecha.)
¡Quien os puso Magdalena
tenía buena naríz!

ESCENA VII.

MAGDALENA y GUSTAVO.

MAG. (Desde el foro, con rabia y como dirigiendo las palabras á César.)
¡Veré si yo te difamo
también, duende del infierno,

vil delator!

GUST. (Llega Gustavo por la segunda puerta izquierda, oye esta última frase, y queda un momento como aturdido y consternado.)
¡Dios eterno!

MAG. (Asustada. ¡Jesús!

GUST. (Confuso y perplejo.) ¿Delator?

MAG. (¡El amo!)

GUST. (Con enojo mal disimulado y con imperio.)
¿Quién se hallaba aquí contigo?
¿Quién es ese delator?
Contesta.

MAG. ¡Nadie, señor!

GUST. (De mal gesto y con insistencia.)
¡Que me respondas, te digo!

MAG. (Para enmendar la torpeza
una mentira volando.)
Es que estaba recitando
con demasiada viveza,
unos versos que aprendí
cuando moza, de un gran drama
histórico, que se llama,
El Delator.

GUST. (Anonadado.) (Ay de mí!)

MAG. ¿Lo desconoceis, quizás?

GUST. (Id.) (¡La voz del remordimiento!)

MAG. Os contaré su argumento.

GUST. (Con rapidez y disgusto, indicándole con la mano que se vaya.)
¡Basta, vete, no hables más!

MAG. (De asombro pasmada estoy!
¿Por qué se habrá enfurecido
tan fácilmente?)

GUST. ¿Has oido?

MAG. Sí, señor, si. ¡Ya me voy!
(Desde la segunda puerta derecha y al tiempo de hacer el mútis.)
¡En todo lo que aquí pasa
hay un misterio muy hondo!...
Veré de llegar al fondo
y me eternizo en la casa.) (Vase.)

ESCENA VIII.

GUSTAVO.

MÚSICA.

(Pausa conveniente.)
¡Señor! ¡Qué horrible hoguera!
¿Qué fuego inextinguible
enciendes en el pecho
que dió cabida al crímen?
Por un instante sólo
de torpe ceguedad...
¡Quince años de tormento
apuro sin cesar!
(Con la mirada fija en el cielo.)
Si expío mi culpa, tus ojos lo ven,
de día y de noche la prueba te doy.
¿Acaso no ejerzo solícito el bien?
Conmigo va siempre do quiera que voy.

—

¡Quince años hace,
noche fatal,
y no te borras
de aquí jamás!
(Oprimiéndose la frente.)
¡Cesa, Dios mío,
de golpear,
templa tus iras,
ten caridad!

—

Me llama el indigente,
me busca el afligido,
y á lágrimas y penas
procuro dar alivio,
y todo el mundo juzga
al verme sonreir,
que no hay sobre la tierra
un hombre más feliz!

—

Si el velo del crímen llegara á caer
y el mundo pudiera salir de su error,
en un mar de sangre flotando mi sér
veria con ojos de espanto y horror!
¡Guarda silencio,
noche fatal,
no des al crímen
publicidad!
¡Y tú, Dios mio,
Dios eternal,
templa tus iras,
ten caridad¡

ESCENA IX.

GUSTAVO y ALBERTO: luego un PESCADOR.

HABLADO.

ALB. ¡Padre! (Dentro)

GUST. (Emocionado á la voz de Alberto y aproximándose á la puerta para recibirlo en los brazos.)
¡Alberto! ¡Hijo querido!

ALB. (Viniendo por la segunda puerta de la izquierda y arrojándose en los brazos de Gustavo.)
¡Gracias á Dios que os encuentro!

GUST. ¡Á Dios infinitas gracias
porque en mis brazos te estrecho!
(Pausa brevísima: Durante esta escena el carácter de Gustavo, ya tranquilo, es todo afecto, cariño y sencillez.)

ALB. Sé que estais incomodado
por mi tardanza, y confieso
que teneis razón.

GUST. Supuse,
y con algun fundamento,
que olvidabas mi cariño
por otro cariño nuevo.

ALB. ¡Eso, padre mio, nunca!

GUST. Haces bien, y no te lo echo
en cara, porque es achaque

propio de tu edad, Alberto.
Pero en punto á elegir novia,
te voy á dar un consejo.

ALB. Vamos á ver.

GUST. Que te fijes
más que en unos ojos bellos,
que pudieran fácilmente
del alma no ser espejos,
en otras más positivas
cualidades; por ejemplo:
Que sea honrada y modesta
y de claro entendimiento....

ALB. ¡Haciendo estais, padre mio,
su retrato, sin saberlo!

GUST. ¿Su retrato? ¿Con qué hay moros
en la costa?

ALB. No lo niego.

GUST. ¿Con qué ya te han hechizado
el corazón?

ALB. Por completo.
Figuraos, padre mio,
si tendrá la prenda amada
sobre mi sér poderío,
que me robó el albedrío
con la primera mirada.
Porte noble y seductor,
de facciones hechiceras
y dulces como el amor,
y en el mágico esplendor
de sus veinte primaveras,
logró quedar al instante
dueña de mi voluntad,
y si no fuera bastante
á rendirme su semblante,
lo fuera su honestidad.
Tuve la suerte y ventura (Transición.)
de verme correspondido,
y hoy mi corazón procura
el quedar por siempre unido
á tan perfecta hermosura.
No es impresión pasajera
que la borra otra impresión

ni es fugitiva quimera,
que ni soy de blanda cera
ni es fácil mi condición.
(Con entusiasmo creciente.)
¡Cómo esculpida en troquel
durísimo y acerado,
vivirá constante y fiel
en mi pecho enamorado
la imágen grabada en él!
(Suplicante y echándole los brazos al cuello.)
¡Vos que sois tan cariñoso,
tan bueno, tan generoso,
ya sabeis, padre del alma,
cómo puedo ser dichoso,
cómo recobrar la calma!
Entre, por Dios, el amor
con dulcísimos arrullos
en vuestra casa, señor!...
(Con mucha ternura.)
¿Y quién sabe los capullos
que puede dar esa flor? (Pausa brevísima.)

GUST. ¡Cuidadito con las bromas, (Muy conmovido.)
que es el asunto muy serio!

ALB. Descuidad de mi eleccion
vais á quedar satisfecho.

GUST. ¿Con qué es buena?

ALB. ¡Hasta lo sumo!

GUST. ¿Y muy hermosa?

ALB. ¡En extremo!
Y además bastante rica.
(Dando á Gustavo una palmada en el hombro y con sonrisa de satisfacción.)

GUST. ¡La riqueza es lo de ménos!
Tú tienes asegurado
el patrimonio soberbio
de tu madre. ¡El de tu madre!
Porque el mio ¡*volaverum*!
se adelantaron los pobres
y lo derroché con ellos.

ALB. Y yo lo aplaudo.

GUST. (Con alegría.) ¿Lo aplaudes?...

ALB. Que les haga buen provecho.

¡Las limosnas de la tierra
son hipotecas del cielo!

GUST. ¡Bien dicho, y Dios te lo pague!
Mas volvamos al objeto
de tus ansias, á esa joya
sin lunar y sin defecto.

ALB. (Sonriendo.) Pues dije mal, uno tiene.

GUST. Habla, que ya irán saliendo.

ALB. ¡Uno quizá imperdonable
para vos!

GUST. Vamos á verlo.

ALB. ¡Qué es de estirpe esclarecida!

GUST. ¿Esa es la tacha? Por ello
lejos de sentir disgusto
siento un placer verdadero.
Dejaron ciertas ideas
de latir en mi cerebro,
y aquellos ódios de raza
se han extinguido en mi pecho.
Sea cariñosa y buena
la mujer en quien has puesto
el corazón y los ojos!...
¡lo demás, importa un bledo!

ALB. De eso, padre, estoy seguro.

GUST. Pues si estás seguro, Alberto,
mañana mismo la pido
y te casas y *laus Deo*.
¿Qué te parece?

ALB. (Abrazándolo con entusiasmo.)
¡De perlas!

GUST. ¡Que me estrujas!... Basta... Bueno.

ALB. Precisamente mañana
habrá que andar poco trecho
para dar cima y remate
á tan hermoso proyecto.

GUST. ¿Cómo así?

ALB. Porque mi novia,
que á una finca de recreo
á ido á pasar unos días,
no debe hallarse muy lejos
á estas horas del islote
de la Merced.

GUST. Según eso,
hay que internarse el golfo
cinco millas. ¡Buen paseo!
ALB. Regular. (Con sonrisa irónica.)
GUST. ¿Y á qué castillo?
ALB. Al castillo de San Telmo.
GUST. ¿Sí? ¡Que sea enhorabuena!
pues cabalmente su dueño
es hoy muy amigo mío.
ALB. ¿Quién, el barón?
GUST. Por supuesto.
(Dan dos golpes no muy fuertes á la puerta del postigo.)
¿Han llamado?
ALB. (Va á la ventana, la abre y mira al exterior.)
Así parece.
GUST. (Descorriendo el cerrojo del postigo.)
¿Quién podrá ser?... Abriremos.
ALB. ¡Mala noche se prepara,
relampaguea á lo lejos!
(Mientras, Gustavo abre el postigo. Luego entorna la ventana y queda como observando con interés á la persona que aparece en la puerta.)
GUST. ¡Adelante! (Invitando á que pasen.)
PESC. Perdonad,
(Aparece un Pescador con el gorro en la mano.)
señor Gustavo, si vengo
en hora tan desusada
á molestaros.
GUST. (Con dulzura.) ¿Qué es ello?
PESC. Un pescador de mi rancho
se halla en el último extremo,
y antes de espirar, suplica,
señor, que quisiera veros.
GUST. ¿Tiene familia?
PESC. ¡Dos niños,
y en desamparo completo!
GUST. ¿Sin madre? (Con emoción.)
PESC. ¡Señor, sin madre!
La enterramos este invierno.
GUST. (Con gran pena y decisión.)
¡Basta! Acércate, hijo mio,

y dáme todo el dinero
que lleves encima.

ALB. ¡Padre,
poco será! (Le entrega su bolsillo.)

GUST. (Tomándolo.) Pues con esto,
que se tira en un capricho,
hay para comprar el cielo!
¿Traes buena barca? (Al Pescador.)

PESC. Buena.
Y en ella seis compañeros
esperando vuestras órdenes
prontos á empuñar los remos.

GUST. ¡En marcha!

ALB. (Á Gustavo, con tono reflexivo y de alarma, y cerrándole la salida.)
¿Qué vais á hacer?

GUST. ¿Qué he de hacer? Irme con ellos.

ALB. Ved que la noche amenaza...

GUST. No lo creas, no haya miedo.

ALB. (Con alguna energía.)
Pues semejante imprudencia
yo consentiros no debo.

GUST. (Con solemnidad y entereza.)
Hijo mío, no entorpezcas
ni retrases los momentos
de llevarle á un moribundo
la caridad y el consuelo.
Y piensa que un beneficio
cuando discurre entre riesgos
le pone un engaste de oro
el Autor del Universo!

ALB. No cede la persuasion,
pero sí cede el respeto.

GUST. (Con cariño paternal.)
Tranquilízate, hijo mio,
y espera, que pronto vuelvo.

ALB. ¿Esperar? ¡Os acompaño! (Con resolución.)

GUST. (Con mayor entereza y luego con amorosa súplica.)
¡No insistas! Yo te lo ruego.
(Vase por el postigo precedido del Pescador, y cerrando tras sí la puerta.)

ESCENA X.

ALBERTO, fijando un momento los ojos con tristeza en el postigo y como hablando con Gustavo.

¡Id con Dios, y él, padre mio,
nos evite un contratiempo!
(Mirando por la ventana.)
¡Oscuridad y tinieblas!
Se hace el nublado más denso
y comienza á hervir el golfo
á los empujes del viento!
(Sale Luz por la primera puerta de la izquierda sumamente agitada.)

ESCENA XI.

LUZ y ALBERTO.

LUZ. ¡Qué insensatez! ¡Qué locura!
¿Y lo consientes, Alberto?
¡Corre, deten á tu padre!
ALB. Es inútil, no hubo medio
de disuadirle.
LUZ. ¡Las gentes
abusan sin miramiento
de su bondad!
ALB. No ha querido
ni que lo acompañe.
LUZ. En eso
hizo bien! ¿Qué conseguías?
Doblar cuidados y riesgos.
ALB. (Con tono amargo y sombrio.)
¡Si yo algún crédito diera,
Luz, á los impulsos ciegos,
ó á ciertas corazonadas
que llaman presentimientos,
dijérate, hermana mia,
con el más profundo miedo,
que iba á ocurrir esta noche

algo de grave y siniestro!

LUZ. No lo creas, te lo finje
tu amor filial, y te advierto
que los ojos del cariño
tienen cristales de aumento.

ALB. Más vale así. (Transición.) Por si estalla
la tempestad, voy corriendo
á ordenar que pongan luces
en la costa.

LUZ. Vuelve presto.

(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XII.

LUZ y CÉSAR, que viene luego por el foro.

En verdad que yo tampoco
estoy muy tranquila: ¡Y luego
esos terribles augurios
y esas palabras de Alberto!...
¡Padre mio, providencia
de mi orfandad!.. ¡Quiera el cielo
restituirte á tu casa
sin pesar ni contratiempo!

CESAR. ¡Vaya una noche apacible (Entrando.)
para ir á tomar el fresco!
(¿Ella?) (Por Luz y parándose un instante.)

LUZ (¿Él?) (Haciendo como que no le ve.)

CESAR. (¡Yo no desisto!)

LUZ. (Aproximándose á la ventana mirando al exterior y dando la espalda á César.)
(Fingiré que no le veo.)

MÚSICA.

CESAR. ¡Ajém! (Tosiendo forzadamente.)

LUZ. (De espalda y con risa burlona.)
¡Sí, tose! ¡tose!

CESAR. ¿Se puede? (Aproximándose á Luz.)

LUZ. (Fingiendo sorpresa.)
¡Ah¡ ¿sois vos?

CESAR. ¡Qué tiempo tan variable,

qué noche tan atroz!
¡Parece retratado
mi propio corazón!

LUZ. (Con tono irónico.)
¿Acaso en lo voluble,
por ir de flor en flor,
ó en qué, señor don César,
si no es indiscreción?

CESAR. (Con cierto disgusto.)
Esa manera
de preguntar,
es un sarcasmo
fenomenal.
Que teneis novio,
decid mejor
y santas pascuas.
y se acabó.

—

LUZ. Esa manera
de discurrir,
es un recurso
poco feliz.
Ni tengo novio.
ni quiero yo,
y santas pascuas
y se acabó.

—

CESAR. ¿No me habeis dicho
hace muy poco
«¡Tarde llegasteis!»
¿O yo estoy loco?

—

LUZ. ¿Cuando llegasteis
no anochecía?

CESAR. ¡No, que á mis ojos
amanecía!

—

Si un rayo de esperanza
me llena de placer;
lograr vuestro cariño
¡cuán dulce debe ser!
El día, Luz hermosa,

de nuestra bendición,
¡ó qué *Gloria in excelsis*
entonaría yo!
Gloria in excelsis Deo,
si al fin rendida os veo.

—

LUZ. Gloria in excelsis Deo,
pues yo no lo deseo.
¡Si yo en vuestra abadía
monago no he de ser,
á un *dóminus vobiscum*
no sé que responder!
El día en que se ordene,
con mucha devoción,
ese *Gloria in excelsis*
quisiera oirle yo!

—

CESAR. ¡Por Dios! Por todos los santos,
(Con exaltación cómica.)
no os burleis tan sin piedad!
¡De mis penas y quebrantos
no teneis ni aun caridad!

—

LUZ. Os he dicho con lisura (Sonriendo.)
mi sencillo parecer.
¡Que es mejor hacerse cura,
que engañar á una mujer!

—

CESAR. Y dale que le dá
y vuelta al retintín,
no canto misa yá
ni quiero más latín.
Ya sólo pienso en vos,
que en vos está mi bien,
casémonos ¡por Dios!
¡y amén, amén, amén!

LUZ. El tiempo calmará
tan hondo frenesí,
y otra promesa habrá
que borre la de aquí.
¿Casarme yo con vos?
Renuncio á tanto bien.

¡Y de él me libre Dios,
amén, amén, amén!

ESCENA XIII.

DICHOS y MAGDALENA.

HABLADO.

MAG. ¡Válgame Cristo!
(Desde la segunda puerta derecha sorprendiendo á Luz y D. César.)
CESAR. (Con naturalidad.) ¿Qué pasa?
MAG. (¡Juntitos! ¡Yo bien decía!) (Avanzando.)
LUZ. ¿Qué ocurre? (Con alguna sequedad.)
MAG. ¿Nada, hija mía?
(¡Con las manos en la masa!)
(Á César con desabrimiento y entonación cómica.)
CESAR. (Ésta trae en su magín (Sin hacer caso.)
algún enredo, adelante.)
MAG. (¿Qué te ha dicho el estudiante?) (Á Luz.)
LUZ. (¡No lo sé, me habló en latín!)
(Á Magdalena.)
MAG. (¡Veo que estás muy risueña (Á Luz.)
con el padre capellán!)
¿Has olvidado el refrán?
(Alto y señalando con un guiño á D. César. Éste termina el refrán interponiéndose entre Luz y Magdalena.)
¡Trás de la cruz!...
CESAR. ¡Una dueña!
MAG. (¿Qué me denuncia este alarde (Con énfasis.)
de punible desenfado?...
Pues que el pillo ha madrugado
y que yo he venido tarde.)
CESAR. (¡Imán de mi corazón!)
(Tirándole de la falda y llevándola para sí.)
MAG. (Diga el presbítero en ciernes.)
CESAR. (¡Teneis la cara de viérnes
y de mártes la intención!...
Más, ó consigo impedir

que os mezcleis en este asunto,
ó traigo cartas al punto
y empezamos á reir.)

MAG. (¿De veras?) (Con sonrisa fingida.)

CESAR. (Las cosas claras.)

MAG. (¡Muy noblemente os portais!...)

CESAR. (Pues, amiga, no os metais
en camisa de once varas.)

MAG. (¿Tendrá esas cartas? No sé. (Refloxionando.)
¿Será invención? ¡Esto irrita!)
(Un relámpago penetra por la ventana é ilumina la habitación.)

LUZ. ¡Santa Bárbara bendita! (Santiguándose.)

MAG. ¡Jesús, María y José! (Tapándose los oidos.)

CESAR. ¡Ya se armó! (Suena un trueno lejano.)

MAG. (Al cielo.) ¡Dios nos deflenda!
¡Valiente trueno! ¡Qué horror! (Despavorida.)

CESAR. (No os espante, fué mayor
el que pegó vuestra tienda!)
(Acercándose á Magdalena.)

MAG. ¡Oh... apartad! (Con rabia.) Voy á poner
los faroles del retablo. (Á Luz.)

CESAR. (Á Magdalena sonriendo.)
(¡Mucho miedo tiene el diablo!)

MAG. (Á César con mucha furia, retirándose precipitadamente por la segunda puerta derecha.)
(¡Tú sí que eres Lucifer!)

ESCENA XIV.

CÉSAR, LUZ y ALBERTO, que viene por la segunda puerta izquierda.

ALB. ¡Buena noche! (Desde la puerta.)

CESAR. ¡Sí por cierto!

ALB. (Reparando en César, con tono amable y yendo á mirar por la ventana. Pausa conveniente.)
¡Hola, César!
(Un trueno más fuerte que el anterior.)

MAG. (Desde la puerta asustada.) ¡Ay, Dios mío!
(Trae Magdalena dos farolitos de vidrios encarnados, los enciende con una bujía del candelabro,

abre las hojas de la hornacina y los cuelga en unos ganchos que habrá preparados al efecto en la parte interior de las hojas.)

CESAR. (Ap. y con cierta ansiedad.)
(¿Y Leonor y mi tío!...
¡habrán ya llegado, Alberto?)

ALB. (Á César.) ¿Quién lo duda?
(Se oye fuera un toque de campana.)

LUZ. (Al oir la campana.) ¡La plegaria
de los pobres pescadores!
(Relámpago y trueno.)

MAG. ¡Y de cada vez mayores!
(Santiguándose y con mucho terror.)
¡Vírgen de la Candelaria!

LUZ. ¡También con gran devoción
(Á Alberto con solemnidad.)
rezar nosotros debemos!

ALB. (Con tono también patético.)
¡Sí, que en peligro tenemos
pedazos del corazón!
(Se arrodillan todos delante del retablo y comienza fuera la plegaria á una distancia conveniente.)

MÚSICA.

CORO. (Dentro.) Deten, Señor, tus iras,
deten la tempestad,
y brille en las alturas
de nuevo tu piedad.
Aplaca de los cielos
la guerra y el furor,
y escucha la plegaria
del pobre pescador.

—

(Los personajes que están en escena.)
¡Piedad, Señor!
¡Y escucha la plegaría
del pobre pescador!

—

CORO. (Y los personajes que están en escena.)

Los cielos y la tierra
proclaman tu poder.
que una mirada tuya
los hace estremecer!
¡Socorro, Dios bendito,
socorre en tu bondad
al triste que en los mares
abandonado está!

—

¡Señor, piedad!
¡Y pase sin estragos
la negra tempestad!

(Acaba la plegaria y se oye hacia la derecha el sonido prolongado de un caracol marino. Alberto se levanta y exclama:)

ALB. ¿Oís? ¡Alguien pide auxilio!

(Todos se ponen en pié siguiendo á Alberto.)

LUZ. Así parece.

CESAR. ¡Y no está
lejos de la costa!

ALB. ¡No!
por su desgracia quizás.
(¡Oh, padre! ¡Padre del alma!)

(Con profunda emoción dirigiendo una mirada al cielo.)

¡Qué suplicio! ¡Qué ansiedad!
Poned ese candelabro

(Á Magdalena y Luz con rapidez, por el que hay en la consola.)

en la ventana que da
sobre el murallón del golfo,
cerrando bien el cristal.

MAG. (¿Me acompañas?)

(Á Luz, llena de miedo, después de coger el candelabro.)

LUZ. (Á Magdalena.) (¿Teneis miedo?)

MAG. (¡Ven por Dios!)

(Con tono ansioso y suplicante.)

LUZ. (¡Vamos allá!)

(Mútis por la segunda puerta derecha.)

ALB. Si por suerte ó por milagro
yo me pudiera orientar...

(Abre el postigo y mira al exterior con gran interés. Suena de nuevo el caracol más cerca.)

CESAR. ¡Llaman de nuevo! (Al oir el caracol.)

ALB. ¡Imposible!

(Como apostrofando al cielo desde la puerta del postigo.)

Darkening storm cloud

¡Cerrazón y sombras!...

(Un relámpago ilnmina el postigo. Alberto se lleva las manos á los ojos, retrocede y exclama con ansiedad.)

¡Ah!

(Al ser deslumbrado por el relámpago y retrocediendo.)

¡Un barco por la derecha
y en peligro de chocar!
¡Corramos! (Á César.) ¡Gracias, Dios mío,
por esa luz celestial!

(Vase por el foro izquierda, seguido de César.)

—

(Queda el teatro solo. Tempestad en la orquesta. El coro repite fuera los últimos tres versos de la plegaria. Pausa.)

ESCENA XV.

GUSTAVO, LEONOR, el ABAD, el PESCADOR con otro compañero suyo, y luego LUZ.

GUST. ¡Llamad, llamad al postigo!

(Dentro y con ansiedad.)

PESC. Abierto el postigo está. (Dentro también.)

GUST. ¡Pues entonces adelante! (Con decisión y vigor.)
¡Y ánimo, señor Abad!

(Ilumina un vivo relámpago el postigo, y al mismo tiempo aparece Gustavo con Leonor desmayada en sus brazos, presa de la mayor agitación.)

¡Alberto, Luz, Magdalena!

(Al llegar á la mitad del escenario, llamando con fuerza y colocando á Leonor sobre un sillón. El Abad entra por el postigo apoyado en los hombros de los Pescadores.)

¡Por aquí!

(Señalando un sillon á los Pescadores, pero sin

apartarse del lado de Leonor.)

ABAD. Me encuentro ya
repuesto, tranquilizaos.

GUST. (Con insistencia volviendo á indicar el sillón.)
Necesitais descansar.
(Los Pescadores acompañan al Abad hasta el sillón, y una vez sentado en él se retiran por la puerta del postigo. Pausa conveniente.)
¡Cuánto tardan!
(Con disgusto y ansiedad por Magdalena y Luz.)

LUZ. ¡Jesucristo!
(Entrando con el candelabro y sorprendida al ver la gente: deja el candelabro sobre la consola y acude presurosa al socorro de Leonor.)
¿Qué es esto? ¡Dios eternal!
(Con mayor asombro.)

GUST. ¡Un ángel que de los cielos
arrancó la tempestad!
Ya vuelve en sí. (Movimiento de Leonor.)

LEONOR. (Pasándose las manos por el rostro y con ahogado acento.)
¡Virgen santa!

GUST. Un desmayo y nada más.

ABAD. (Acudiendo á la exclamacion de Leonor y acariciándola.)
¡Leonor, hija mia!...
(Se oye la voz de Alberto que se aproxima por el foro izquierda.)

ALB. ¡Quiero
ver desde arriba! ¡Esperad! (Dentro.)

LEONOR. (Al reconocer la voz de Alberto, poniéndose en pie y dando un grito de emoción y de alegría.)
¿Esa voz?... ¡Alberto mio!

~~GUST.~~ (Por Leonor y como herido de una viva sospecha.)
Alb. ¡Qué revelación!... ¿Será?
(La exclamación del ¡Alberto mio! debe coincidir con la aparición de éste al foro.)
¡Leonor!... ¡Mi bien, mi vida!
¿Estoy soñando quizás?
(Al reconocerla lleno de confusión y alegría, volando á recibirla en sus brazos. El Abad también le tiende los suyos con inmensa fruición.)

ABAD. ¡No, Alberto, no estás soñando!

GUST. (Asiéndole de la mano y con tono solemne.)
¡Oye la pura verdad
y humíllate respetuoso
ante el poder celestial!
(Orquesta muy piano.)

—

(Con viveza y entusiasmo crecientes.)
¡Salí con el pensamiento
de socorrer la indigencia,
y bastó á la Providencia
una ráfaga de viento
para hacerme tropezar
en ese golfo encrespado
con un brik desarbolado
que empezaba á naufragar!
¡De su borda de estribor,
luchando animoso y fuerte,
supe arrancar á la muerte
ese tesoro de amor! (Por Leonor.)
(Marcando las palabras.)
¡El hacer bien nada cuesta
y dá su fruto en seguida!
(Con dulce reproche.)
¿Me cerrabas la salida?
(Empujando blandamente á Leonor y echándola en brazos de Alberto.)
¡Pues ahí tienes la respuesta!
(Pausa conveniente.)
Señor Abad del Perdón,
(Con gran solemnidad aproximándose al interlocutor.)
Gustavo de Martiñí
pide para su hijo...

ABAD. ¡Oh, sí!
(Sin dejarle acabar el concepto, adivinando y con alegría.)
con todo mi corazón.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.

MÚSICA.

ALB. ¡Leonor!
LEONOR. ¡Alberto mío!
A DUO. ¡Ventura sin igual!
¡No cabe en este mundo
mayor felicidad!
ALB. (Al Abad por Leonor.)
¡Oh, gracias, noble anciano,
por joya de tal prez!
Un siervo agradecido
desde hoy en mí tendreis.
(Se abraza con el Abad.)
¿Y vos, padre del alma,
de un ángel salvador?
LEONOR. ¡Á vos la vida entera
por siempre os debo yo!
(Arrodillándose á los piés de Gustavo: éste la levanta del suelo y la estrecha en sus brazos con ternura.)

—

GUST. ¡Ven á mis brazos
niña gentil!
¡Ven, hijo mío,
(Abrazándole también.)
¡Ya soy feliz!
LEONOR. (Ver aquel rostro
me pareció!
(Ap. marcando las palabras y con tono triste, después de mirar fijamente á Gustavo.)
¡Siento en el alma
viva emoción!)

—

ALB. ¡Esperanza y dulce sueño
de ventura y de placer,
ansia loca y bien risueño

ya sois prendas de mi sér!
¡Tu belleza seductora (Á Leonor.)
brinda un doble galardón,
siendo engaste que atesora
tan hermoso corazón!

—

LEONOR. (Á Alberto.)
Si en mí cifras, dueño amado,
tu esperanza y tierna fe,
yo prometo que á tu lado
feliz siempre viviré.
¿Qué otro bien la mente sueña?
¡Qué más premio y galardón
que el poder llamarse dueña
de tan noble corazón!

—

GUST. (Ya de un hijo la ventura
para siempre aseguré.
¡Ya el cilicio y la clausura
abrazar desde hoy podré!
¡Vea el cielo mi existencia,
consagrada á la oración
y en amarga penitencia
este ciego corazón!)
(Llevándose la mano al pecho.)

—

ABAD. (Por Leonor.)
(Este enlace, que es su anhelo,
su ventura puede ser:
¡Mis hermanos en el cielo,
(Alzando los ojos.)
se sonríen de placer!
Haga Dios Omnipotente
bella y dulce tal unión,
y en sus lazos blandamente
viva y goce el corazón.)

—

LUZ. (Libertada de la muerte (Por Leonor.)
por milagro llega á ser,
y el dolor se trueca en suerte,
y en ventura el padecer.
¡Quiso el cielo generoso

presidir tan bella unión,
cuyo arcano misterioso
no adivina el corazón!)

—

GUST. Ya solo resta (Al Abad.)
por señalar,
día á la boda,
señor Abad.
Aunque á mi juicio
y en mi opinión,
cuanto más pronto
será mejor.
(Mirando con sonrisa picaresca á los novios.)

—

ABAD. Quién lo disponga
vos debeís ser.
GUST. ¿Sí? ¡Pues mañana! (Á los amantes.)
¿Qué tal? (Al Abad.)
ABAD. ¡Muy bien!
ABAD. y GUST. Sentir el amor,
no hay dicha mejor.
ALB. y LEONOR. Ya en el cielo
(Con pasión y alegría.)
resplandece
la ventura
de mi amor.
Ya mi pecho
se enloquece
embriagado
de pasión.
Ya sonrie
la esperanza
en un mundo
de ilusión.
En perpétua
bienandanza
goce siempre
el corazón.

—

GUST., ABAD y LUZ. Ya se miran
delirantes
en los brazos

del amor.
Dios conceda
á los amantes
su sagrado
bendición.

—

ABAD. Y ahora, hijos mios,
que reina la paz,
al pié de esta imágen
conmigo rezad!

(Señalando al retablo: Alberto y Leonor se arrodillan á los pies del Abad.)

—

(Imponiendo las manos sobre Alberto y Leonor con gran solemnidad, dirigiendo la vista al cielo y marcando bien las frases.)

¡Y tú, que fuiste en vida
el conde de San Ló,
bendice desde el cielo
á tu hija Leonor!

—

(Al oir Gustavo el nombre de San Ló, retrocede violentamente y queda un momento como petrificado. El Abad, Alberto y Leonor permanecen silenciosos y como rezando en voz baja, dando la espalda á Gustavo, sin advertir su violentísima emoción y desconcierto. Pausa conveniente.)

GUST. (Con tono de angustia creciente.)
(¿San Ló?... ¡Virgen sagrada!
Fatal revelación!...
¿Alberto desposado
con la hija de San Ló?
¿Qué hacer en este trance?
¡Terrible confusión!

(Se lleva las manos al pecho. Alberto que lo contempla lanza un grito y acude al socorro de su padre.)

ALB. ¡Oh, padre, padre mio!
GUST. ¡Yo muero! (Vacilando.)
TODOS menos GUSTAVO. ¡Ah! (Con asombro.)

(Cayendo desplomado, pero sostenido por Alberto.)

GUST. ¡Gran Dios!

TODOS menos GUSTAVO. ¡Piedad! ¡Misericordia!
(Al cielo, con angustia y afán.)
¡Piedad! ¡Piedad, Señor!
(El Abad y Leonor corren también al socorro de Gustavo, en medio de la mayor consternación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Fachada de iglesia de una Abadia ocupando la mitad del foro. Á la derecha el edificio de la Abadía pegado á la iglesia, con dos puertas en la primera y tercera caja y cuatro grandes ventanas con sus correspondientes vidrieras, una de ellas practicable. Á la izquierda, un muro de piedra con una verja pequeña ó puerta en la tercera caja, y sobre el muro yedra, jazmin y madre-selva en agradable y pintoresca disposición. Entre este muro y la iglesia, cerrando el foro, un arco ó portada, también de piedra. En la mitad del escenario sobre un pedestal, que descansa á su vez en una gradería de tres peldaños, una escultura de mármol figurando una Vírgen, y en la parte superior del pedestal, con letra negra, clara, y que se destaque, esta inscripción titular: *Nuestra Señora del Perdón.* Al fondo, cielo y campiña dilatada, y á la izquierda, y tras del muro, algunos árboles.

ESCENA PRIMERA,

MAGDALENA y el CORO, saliendo por el fondo de la izquierda.

MUSICA.

CORO. ¡Seguid, señora,
(Persiguiendo á Magdalena)

por caridad!

MAG. ¡Oh, qué fastidio,
no puedo más!

CORO. ¡Daís á las cosas
tal expresión!...
¡Contais de un modo
tan seductor!...

MAG. Ya he terminado,
ya he puesto fin...
y no hay manera
de proseguír.

—

CORO. Conque el señor Gustavo
la Providencia fué,
que á entrambos de la muerte
logró salvar ayer.
Y gracias á su enérgica
y ciega voluntad,
sin náufragos ni víctimas
pasó la tempestad.

—

MAG. ¡Eso nó! (Con seriedad cómica.)

CORO. ¿Cómo nó?

MAG. ¡Una hubo, la ví yo!

—

CORO. Sepamos quien ha sido
la víctima infeliz.

MAG. ¡Un ser muy conocido
y sobre todo aquí!
Don César.

CORO. (Con extrañeza.) ¿Eh?

MAG. Don César,
daré la explicación.
Ante unos ojos negros
el pobre naufragó.

(Movimiento de curiosidad y sonrisas en el Coro.)

—

¡La jóven que conmigo
llegó esta misma tarde,
y que es bastante guapa
sin ofender á nadie,
mientras zumbaba anoche

la ronca tempestad,
con frases de sirena
rindió al futuro Abad!

CORO. ¿Mientras zumbaba anoche
la ronca tempestad
con frases de sirena
rindió al futuro Abad?... (Con incredulidad.)

—

MAG. Y ante esa casquivana,
que es hábil cazadora,
el mísero estudiante
cayó como una alondra.
Y fué el golpe tan rudo,
tan súbito el amor,
que anoche entre suspiros
su fé la consagró.

—

CORO. ¿Y fué el golpe tan rudo
tan súbito el amor
que anoche entre suspiros
su fé la consagró?... (Id.)
Pues vaya un prójimo (Con burla.)
tan benemérito,
no hay mayor sátrapa
de Lucifer.
Si ella es tan crédula
que fía un ápice,
digna es de lástima
su candidez.

—

MAG. ¡Silencio!... ¡allí viene!
(Señalando á la puerta izquierda.)

CORO. ¡Hagamos la cruz!
(Como remedando un conjuro.)

MAG. La novia es morena (Con intención.)
y se llama Luz.
Manejando el nombre
con habilidad,
valiente jaqueca
se le puede dar!

—

CORO. ¡Manejando el nombre

con habilidad,
valiente jaqueca
le vamos á dar!

(Se retira Magdalena precipitadamente por la primera puerta de la derecha. Aparece César á la izquierda y queda un momento parado y como contemplando al Coro con curiosidad.)

ESCENA II.

CÉSAR y el CORO.

CORO. Permitid una palabra
y dispense su merced,
el suceso que hubo anoche
deseamos conocer.
Pues creíamos nosotras
que pasó la tempestad,
por milagro de los cielos
sin desgracia personal.

(Avanza César encogiéndose de hombros y sin hacer caso.)

Pero hemos sabido
(Rodeando á César.)
con mucho dolor,
que anoche... y en seco
hay quién naufragó!
Si dierais amable
un rayo de *luz*,
eterna sería
nuestra gratitud.

—

CESAR. ¿Id á paseo! (De mal talante.)
¡Dejadme en paz!

CORO. ¡Señor don César,
(Con súplica y tono cómicos.)
por caridad!

—

Pues hay quien asegura
que en la tormenta atroz,
un joven... casi cura

los hábitos colgó.
Y ciego ante una hermosa
cayó con prontitud,
como una... mariposa
delante de una *luz*!

CESAR. (¡Maldita vieja! (Con rabia.)
No hay duda, no:
ya me la urdido,
ya me la dió,
si esto mi tío
llega á saber...
¡yo me la cómo
á esa mujer!)

—

CORO. Nos falta el nombre
de ese galan
y lo queremos
averiguar.
¿No habeis pensado
quién podrá ser?
(Con sonrisa burlona.)

—

CESAR. (¡Vieja maldita,
de Lucifer!)

—

CORO. Se dice y se declara
que se parece á vos
un poco... así... en la cara,
más no en la condición.
¡Sería cosa nueva
dudar de su merced,
(Acentuando más la burla.)
que ya las hijas de Eva
conocen su desdén!

—

CESAR. ¡Salid con urgencia! (Muy furioso.)
¡Marchad al demonio
que ya la paciencia
faltándome vá!

—

CORO. ¡Jesús y María!
¡Qué al vivo lo toma!

¡Qué cara, Dios santo,
tan particular!...
¡Cualquiera diría,
diría, y no en broma,
no hiciera otro tanto
ni el mismo galan!
¿No es verdad?
¡Já, já, já!
¿No es así?
¡Ji, jí, jí!
(Vase el coro fondo derecha. Cesa la música.)

ESCENA III.

CÉSAR y MAGDALENA, que sale por la primera puerta derecha.

HABLADO.

CESAR. (Con resignación.)
¡Paciencia, amigo, paciencia!
bien merecido lo tienes.
Estás convicto y confeso
coram pópulo y advierte
que en suprimir tu defensa
has hecho perfectamente.
Dí, capellan... de lisonjas:
¿Qué muchacha no se debe
alguna galantería
desde (1) Harlem hasta Leiden?...
(Sale muy quedito Magdalena, oye los últimos versos y se aproxima á César sonriendo y frotándose las manos.)
¿Qué mujer se te ha escapado
sin su flor correspondiente?

MAG. (Á D. César con tono solemne.)
Es verdad. Lo garantizo.

CESAR. ¡Ah, mala bruja!
(Amenazando y corriendo tras ella.)

---

(1) Pronúnciese JARLEM.

MAG. ¡Dios fuerte,
socorro, favor!
(Dando gritos, escapando por donde vino y cerrando tras sí la puerta.)

CESAR. (Conteniéndose.) ¡Despacio!
¡detente, César, detente!
No hagas algún desatino
ó necedad que te pese.

MAG. (Entornando la puerta y gritando enfurecida.)
¡Cobardón!

CESAR. (Yendo hacia Magdalena que vuelve á cerrar.)
¿Otra vez?

MAG. (Asustada.) ¡Cielos;
(Abre de nuevo y cierra por última vez.)
¡Otra vez, y diez, y veinte!

CESAR. ¡Y que á semejantes fieras
se les llame sexo débil!
(Llega Alberto por el foro izquierda.)

ESCENA IV.

CÉSAR y ALBERTO.

ALB. (Con extrañeza, pero de buen talante.)
¿Qué diablos pasa? ¿Qué ocurre?

CESAR. ¿Tú diras? (Disimulando.)

ALB. ¿Pues á qué vienen
los gritos de Magdalena?

CESAR. No sé; como no se queje
de las muelas.

ALB. (Riendo.) Pero ignoras
que son postizas?

CESAR. ¡Á veces
la ilusión ó la costumbre
nos engañan!

ALB. Francamente,
no te entiendo.

CESAR. Prueba al canto.
Á un ciudadano de Amberes
(Con cierto énfasis.)
le cortaron una pierna,
pues bien, al año siguiente

de la operación decía:
«Han de saber sus mercedes,
»y no lo tomen á broma,
»que tuve sobre un juanete
»del pié cercenado un callo
»y todavía me duele.»
¿No vemos á cada instante
que hay matrimonios estériles
que se surten de la inclusa
y allá en su ilusión se tienen,
por tan padres, como el padre
de la universal progenie?
(Con rapidez gradual hasta la terminación del parlamento.)
¿No hay algunos literatos
que traducen servilmente
ó desarreglan las obras
del prójimo, que aborrecen
el pecado original
y lo persiguen de muerte,
que en ajenos manantiales
con sed hidrópica beben
(y demos gracias al cielo
cuando no enturbian la fuente,)
que brillar se les figura
como soles refulgentes
y no harian á un candil
arder con su propio aceite?...

ALB. ¡Para! (Tapándole la boca con la mano.)

CESAR. (Retirando la mano de Alberto y prosiguiendo.)
¿No es esto verdad
aunque parezca una hipérbole?
Pues si al año de amputada
molesta una pierna ó duele,
si un padre solo adoptivo,
padre natural se cree,
si el que copia se imagina
que es un autor eminente,
porque se le va ocurriendo
aquello mismo que lee,
¿qué extraño que Magdalena,
querido Alberto, se queje

de las muelas que ha tenido
ó de las muelas que hoy tiene,
ó quién sabe si de algunos
raigones supervivientes?

ALB. (Sonriendo.) ¡Pues, señor, á tí te pasa
algo grave! No lo niegues.
Veo un disgusto á través
de tu charla incoherente.

CESAR. Disgusto ¿por qué?

ALB. ¡Por ganso!

CESAR. ¡Mil gracias!

ALB. No las merece.

CESAR. Y á qué debo tan honroso
calificativo?

ALB. ¿Quieres
que te recuerde un refrán?

CESAR. No. ¿Y á tí qué te parece?

ALB. ¿Á mi? Que me gustan mucho
los refranes.

CESAR. Que aprovechen.

ALB. Sobre todo, cuando son
tan oportunos como este.
¡Ó herrar ó quitar el banco!...
¡Ó sotana ó Luz! ¿Entiendes?
(Soltando la carcajada.)

CESAR. (Con seriedad y disgusto.)
Mira, hablemos de otra cosa.
¿Con que afortunadamente
(Cambiando de conversación.)
se halla ya restablecido
tu padre?

ALB. ¡Qué! ¿No lo crees?
¿No ha estado ya en la Abadía?
¿No has podido convencerte?
(Con extrañeza.)

CESAR. ¡Sí, señor, ¿quién te lo niega?

ALB. Pensaba...

CESAR. (Indicando á la puerta de la izquierda, que se supone ser la de la huerta de la Abadía.)
Por allí viene
Leonor. Hasta otra vista.

ALB. (Asiéndole por un brazo.)

¡Espera!

CESAR. (Soltándose con disgusto.)
Déjame.

ALB. ¿Temes
el encuentro y la presencia
de Luz?... ¡Mal síntoma!... ¡vete!

CESAR. (Muy incomodado. Alberto se sonrie con burla.)
¡No hay calamidad mayor
que un curioco impertinente!
(Vase segunda puerta de la derecha.)

Cervantes

ESCENA V.

ALBERTO, LEONOR y LUZ, que vienen por la izquierda.

LUZ. (Á Leonor desde la puerta.)
¡Aquí está Alberto!

LEONOR. Pongamos
á su juicio la cuestión. (Avanzan.)

LUZ. Verás quién tiene razón.

ALB. ¿De qué se trata? sepamos.
(Se coloca una á cada lado de Alberto.)

LUZ. Del idioma de las flores.

ALB. ¿En qué país?

LUZ. En Holanda.

ALB. (Con cierto énfasis cómico.)
Antes de oir la demanda,
un autor de los mejores,
no sé si griego ó fenicio,
recomienda al abogado
cobrar por adelantado
todas las costas del juicio.
(Se asoma César á la segunda puerta derecha.)
Y como aqui ¡vive Dios!
es muy fácil la insolvencia,
dadme un abrazo y paciencia.
(Levantando un poco la voz.)
Conque á la una!...
(Estrechando á cada cual con un abrazo.)

CESAR. ¡Á las dos!
(Con acento compungido y doloroso, y ocultándose luego.)
LEONOR. ¿César?
(Señalando á la segunda puerta y sonriendo.)
ALB. ¿Escuchaba el pillo?...
LUZ. (¡Que rabie!)
ALB. Vamos á ver
el caso. (Á Luz.)
LUZ. No puede ser
más natural y sencillo.
Cogimos hace un instante
estas flores para tí.
ALB. (Queriendo echar mano á las flores.)
¡Dónde están... vengan aquí!
LUZ. Fíjate bien.
(Rechazando suavemente la mano de Alberto.)
ALB. ¡Adelante. (Como resignándose.)
LUZ. ¡Y por donaire ó en chanza,
juntar quiso Leonor...
con el símbolo de amor...
la expresión de la venganza!
(Le entrega dos flores.)
ALB. ¿Pues es verdad?... (Observando la flores.)
LUZ Toma, toma.
(Á Leonor con aire de triunfo.)
ALB. ¿Habrá intención?... (Á Leonor y Luz.)
LUZ. No lo sé.
LEONOR. (Ap. á Alberto.) (Más tarde te lo diré!)
ALB. ¿Qué significa?...
(Á Leonor con interés y viveza.)
LEONOR. Una broma.
(Con amarga sonrisa. Alberto queda perplejo.)
¿Luz?
(Llamándola, pero interrumpiendo el concepto y poseida de visible emoción.)
LUZ. ¡Perdíste!
LEONOR. (Dominándose.) No lo niego.
ALB. (Á Leonor con extrañeza.)
¿Á qué viene esa emoción?...
LEONOR. (Á Luz, esquivando la pregunta de Alberto.)
¡Has ganado el medallón!

Vamos por él... Hasta luego.

(Á Alberto con tono amable y natural. Después toma el brazo de Luz, y ambas desaparecen por la primera puerta de la derecha. Pausa conveniente.)

ESCENA VI.

ALBERTO, contemplando un instante las flores con aire meditabundo.

MÚSICA.

¿Á qué afanarse?
¿Por qué pensar?
Es pura broma,
no cabe más.
«¡Luego más tarde,
te lo diré!»
¿Qué significa!...
¡Yo no lo sé!

—

Huyan pronto de mi lado
la tristeza y el pesar,
que es mañana el dia ansiado,
y mañana cerca está.
Huyan, sí, con raudo vuelo
las quimeras y el dolor,
que no hay nubes en el cielo,
en el cielo de mi amor.

—

En sueños de calma
y en dulce placer
se hechice mi alma,
se bañe mi sér.
La duda punzante
no turbe mi paz,
y goce el amante
su felicidad.

—

(Á las flores con ansiedad.)

¡Si guardais misteriosas

secretos para mí;
hablad, flores hermosas,
¿qué es ello? ¿Á ver? ¡Decid!

—

Ya se agolpa al pensamiento (Transición.)
otra vez la confusión;
ya otra vez la duda siento
en mitad del corazón.
La impaciencia me devora,
resistir no puedo más,
sin espacio ni demora
necesito la verdad!

—

Agítase inquieto
y en duda mi sér...
si existe un secreto
lo quiero saber!
¡Así diligente
podrá Leonor
el ansia impaciente
calmar de mi amor!
(Vase por la primera puerta derecha.)

ESCENA VII.

CÉSAR que sale por la segunda puerta de la derecha precipitadamente.

HABLADO.

¡No puedo más... francamente!
¡Necesito hablar á Luz,
pero á escape, de repente:
por el vado ó por la puente,
dentro ó fuera, cara ó cruz!

—

¿De qué medio me valdré
(Como buscando una idea.)
para salir de este lío?

¿En qué forma abordaré
la cuestión? ¿Qué le diré
á mi respetable tío?

—

¡Si planteo sin reparo
la *tésis*! si me declaro
en rebelión paladina,
la *hipótesis*, la doctrina
es morirse de hambre!... ¡Claro!

—

¡Tío al fin!... ¡Pero chitón!
(Como encontrando repentinamente la idea.)
¿Qué idea tan singular?
Á la primera ocasión
se lo digo en confesión
y se tiene que callar!
(Se oye á la primera puerta de la derecha la voz de Luz que se va aproximando.)

LUZ. ¡Jesús... y qué disparate!
¡Qué Alberto de mis pecados!
¿Si está loco de remate?... (Saliendo.)
¡Don César! (Sorprendida, pero sin retroceder.)

CESAR. (¡Cielos sagrados,
(Dirigiendo la mirada al cielo y con ansiedad cómica.)
llegó la hora del combate!)
(Se entorna la ventana practicable y se asoma Magdalena, recatándose de D. César y de Luz y espiando sus palabras y acciones.

ESCENA VIII.

LUZ, CÉSAR y MAGDALENA.

MAG. ¡Qué! ¿Hola... hola... hola?
(Asomándose y á media voz.)

CESAR. (Con decisión.) (¡Hay que dar fondo!)
Conviene aprovechar este momento;
(Aproximándose á Luz con rapidez y misterio.)
¡nadie nos oye!

MAG. (¡Nadie! Yo respondo.)
(Con entonación cómica.)

LUZ. ¿No habeis escarmentado? (Sonriendo.)
CESAR. ¡No!
LUZ. Lo siento.
CESAR. Sin alarde ni vano fingimiento,
una respuesta clara y en redondo.
¿Sois libre todavía
ó para colmo de la angustia mía,
ya en las redes de amor estais sujeta?
LUZ. ¡Gracias á Dios, en libertad completa!
(Con énfasis cómico.)
CESAR. ¿Por qué motivo entonces, Luz hermosa,
no me otorgais el galardón que imploro?
¿Por qué la mano me negais de esposa
conociendo lo mucho que os adoro?
MAG. (¿No le pide la mano?
Habrá farsante igual?... ¡Me ahoga la bilis!)
CESAR. ¿Vamos, hablad?...
LUZ. Os molestais en vano.
(También con tono cómico.)
MAG. (No estuvo mal la desdeñosa filis!)
CESAR. Pero... ¿por qué?...
LUZ. Por la razón sencilla
de que hoy por hoy no pienso yo en casarme
y con vos mucho menos!...
MAG. (Esa es grilla.
CESAR. Pues la razón no pesa ni un adarme.
LUZ. ¿No?... (Con extrañeza cómica.)
CESAR. ¿Es acaso imposible
mudar la voluntad y de repente
ver disiparse el odio más terrible
á la voz de una súplica elocuente,
y acoger á la postre con agrado
lo que fué en un principio desdeñado?
(Sonríe Luz y mueve la cabeza con incredulidad.)
¡No os sonríais!... la risa es un postizo
que disfraza á menudo el sentimiento,
podrá ser á mis ojos un hechizo
más no tiene valor como argumento.
¿Es que dudaís de mi?... ¿Si yo os dijera
que saben mi proyecto en la Abadía?...
LUZ. ¿Pues quien lo ha divulgado? (Con extrañeza.)
CESAR. (Alzando la voz y con ira.) ¡Esa pantera!

La dueña del castillo!

MAG. (Santiguándose.) (¡Ave María!)

LUZ. ¡Es muy capaz!

CESAR. ¡Aborto del infierno

(Como dirigiendo la vista casualmente á la ventana.)

me las has de pagar!... ¿Qué miro?

(Con asombro cómico al ver á Magdalena.)

MAG. ¡Un cuerno!

(Con rabia cerrando de golpe la ventana.)

LUZ. ¿Nos estaba escuchando?...

(Con sonrisa burlona.)

CESAR. (Á Magdalena.) Pimpollito,
no cierre la ventana,
espere un poco....

MAG. ¡No me da la gana!

(Asomándose de nuevo y cerrando también de golpe.)

CESAR. ¡Qué día te pondrán el Sambenito!

LUZ. ¡Adios! (Dando algunos pasos hacia al foro.)

CESAR. ¿Os vais?... (Con dolor y disgusto.)

LUZ. Don César, hasta luego.

(Se coloca próxima á las gradas del pedestal.)

CESAR. ¿Sin aliviar mi pena?...

LUZ. Separémonos pronto, yo os lo ruego.
¡Ved que todo lo sabe Magdalena!

CESAR. Y yo á mi vez os ruego, dueño mío,
oir de esa dulcísima garganta
sin tregua ni demora el bien que ansío!...
De rodillas...

(Postrándose junto á las gradas y de cara á la Vírgen.)

LUZ. ¡Silencio!... Vuestro tío.

(Viendo salir al Abad por la derecha y huyendo por el foro izquierda con rapidez.)

CESAR. ¡Qué salida de tío! ¡Vírgen santa!

(Despues de mirar á la derecha con disimulo, fingiendo que reza con profundo fervor ante la Vírgen y como dejándose sorprender por el Abad.)

ESCENA IX.

CÉSAR y el ABAD que viene por la primera puerta de la derecha.

ABAD. ¿César? (Llamando al salir.) (Está en oración?)
(Parándose un momento y en tono de agradable sorpresa.)
¡Bien, hijo, Dios te bendiga!
(Aproximándose y con entusiasmo. César permanece arrodillado.)
¡Yo no sé como hay quien diga
que no tienes vocación!
Halle, pues, su galardón
y recompensa cristiana
tu sólida fé!... Mañana
le pienso hablar al prelado
para que estés ordenado
en la próxima semana.
(Le echa á César la bendición, le da despues la mano para que la bese, y entra en la iglesia.)

ESCENA X.

CÉSAR y luego MAGDALDNA á la ventana.

¿Pero es posible, Dios mío,
(Alzándose del suelo y con entonación patética.)
un empeño más tenaz?
¡Qué vista tan perspicaz
y qué olfato el de mi tío!
¿Someterás tu albedrío?
¡Qué maldito quid pro quo!
¿Vamos, responde? ¡si ó no!
¡Ten resolución, despierta!
¿No hay árboles en la huerta?
(Señalando á la izquierda.)
¡Pues me cuelgo... y se acabó! (Medio mútis.)

MAG. ¿Don César? (Asomándose y llamando con acento misterioso.)

CESAR. ¡Por San Andrés!

(Parándose un momento, con tono amenazante y furioso á Magdalena. Luego hace el mútis precipitadamente.)

¿Todavía este espantajo?...

MAG. ¡Espere... espere!... que bajo
á tirarle de los piés!

(Alzando la voz y con acento cómico. Despues cierra de golpe la ventana. Pausa conveniente.)

ESCENA XI.

LUZ y GUSTAVO por el foro izquierda, aquella apoyada en el brazo de éste.

LUZ. Decid: ¿no os parece que es (Al salir.)
muy hermosa la Abadía?

GUST. No miente su nombradía,
es superior á su fama.

LEONOR. ¿Luz?... (Dentro, llamando.)

GUST. (Á luz.) Ve, Leonor te llama.

LUZ. ¿Qué, no entrais?... (Señalando á la derecha.)

GUST. Luégo, hija mía.

(Queda Gustavo profundamente abismado. Pausa breve.)

ESCENA XII.

GUSTAVO.

¡Héme aquí! En la situación
más negra de mi destino,
cerrado todo camino,
vana toda solución.
¡Si me confio á la suerte,
voy á un abismo quizás
y si doy un paso atrás
le doy á un hijo la muerte!
¡Porque es mi hijo! lo he criado
con paternal interés!...
¡Soy su artífice, él es
la estátua que yo he labrado!
Recurrir á la verdad

parece el único medio...
¡No, no! ¡sería el remedio
peor que la enfermedad!
¡Oh, duda punzante y fiera
que el corazón me destrozas
y en mi agonía te gozas
de tan terrible manera!...
¡Torcedor que me acompañas,
más voraz en tu deseo,
que el buitre que á Prometeo
le rompía las entrañas!
¿Qué conflicto semejante
pudo nadie imaginar,
ni qué infierno comparar
con el que tengo delante? (Transición.)
¡En la rencorosa envidia
de luchas locales, dí
la muerte á un hombre!... ¡Ay de mí!...
no cabe mayor perfidia!
Y tras acción tan nefanda,
asesino y delator
del padre de Leonor,
vine á refugiarme á Holanda.
¡Y en Holanda, á Dios le plugo
por designio inescrutable,
para hacer más espantable
su expiación al verdugo,
juntar en lazo amoroso
á la hija del delatado
con el hijo infortunado
de aquel delator odioso!
(Alzando la mirada al cielo.)
¡Ah, mi Dios!... no te discuto;
sé que eres juez infinito
y que el autor de un delito
ha de recoger su fruto.
Sé, que aquello que sembramos
en la tierra ó en la vida,
la naturaleza cuida
y es justo que recibamos.
Que un principio germinal
tienen la ortiga y la flor,

como el placer y el dolor
su semilla cada cual.
Que llena á veces un grano
de flores una enramada,
como una acción depravada
de ortigas un pecho humano...
¡Todo es verdad!.. ¡Pero yo
que soy el culpable, quiero
que recoja el fruto entero
del crímen, quien lo sembró!
¿Fué mi Alberto el delincuente?
¿Responde él de mi conciencia?
¿No ves al dar tu sentencia (Al cielo.)
que matas á un inocente? (Transición.)
¿Más cómo desataré
este nudo? ¡Yo me abismo!
(Como reflexionando con ansiedad.)
Es cierto que anoche mismo
del naufragio la salvé.
Que á mis ojos se presenta
la ocasión inesperada,
como por Dios preparada
para saldar una cuenta.
Que si el homicida fuí
del conde, el cielo ha querido,
que su huérfana haya sido
salvada también por mí...
Además, quién adivina (Transición.)
mi crímen? Nadie, ninguno.
¿Testigos?... ¡Uno por uno
fueron á la guillotina!
¿Acaso á la delación
temer puedo? ¿En dónde está?
(Con cierta amarga satisfacción.)
¿No se ha quemado quizá
el archivo de Lyon?
(Invocando al cielo con ansia infinita.)
Sólo tú de mi pasado
tienes la llave, Dios mío,
más en tu gracia confío,
pues me juzgo perdonado.
La calma que en mí renace,

es hija de tu piedad
y me inclina tu bondad
á consentir este enlace.
Á tu arbitrio me someto,
seguro de tu favor...
¡Toma mi vida, Señor, (Acentuando más.)
pero guarda mi secreto!
(Aparece el Abad por la puerta de la iglesia. Al verlo Gustavo hace un esfuerzo sobre sí mismo para tranquilizarse.)

ESCENA XIII.

GUSTAVO y el ABAD.

GUST. (¡El Abad!)
(Al verlo y recobrando la calma aparentemente.)
ABAD. Señor Gustavo,
(Con alegría y frotándose las manos.)
no quepo en mí de alegría!
Se celebra en la Abadía
el desposorio.
GUST. ¿Si? ¡Bravo! (Con satisfacción.)
ABAD. Y por realce honorífico
del acto, piensa venir
nuestro obispo á presidir
la ceremonia!
GUST. ¡Magnífico!
¿Y el Notario? (Preguntando con naturalidad.)
ABAD. Llega al punto,
no tardará su visita.
Poco tiempo necesita
para arreglar este asunto.
GUST. Poco, siendo como son
hijos únicos Alberto
y Leonor.
ABAD. Si por cierto:
con una limitación,
aunque muy pequeña y corta
en la herencia maternal
de mi sobrina.
GUST. ¿Caudal?

Es lo que menos importa.

ABAD. Conformes, más un tutor
tiene el sagrado deber
de daros á conocer
lo que afecta á Leonor.

GUST. La verdad, no entiendo mucho
de estas cosas.

ABAD. Pues merecen!
la pena: algunas ofrecen
gran novedad!

GUST. Ya os escucho.

ABAD. No ignorais, siendo francés,
que mi cuñado San Ló
trágicamente murió
el año noventa y tres.
(Gustavo se muestra de improviso visiblemente emocionado.)
Fué el pretexto de su ruina
(Sin advertir la emoción de su interlocutor.)
su título nobilario
y un delator sanguinario
le llevó á la guillotina.
Sumió desgracia tan dura
á una esposa en la viudez,
y en la orfandad á su vez
á una tierna criatura.
¡Mas no pudiendo mi hermana
soportar el golpe rudo,
que un fiel y amoroso nudo
rompía en edad temprana,
suspirando el bien perdido
y sin cesar de gemir
no pudo sobrevivir
mucho tiempo á su marido!

GUST. (¡Ella también!... ¡Satanás!...)
(Llevándose la mano al corazón y vacilando.)

ABAD. ¿Eh?... ¡pardiez!... señor Gustavo,
¿os poneis enfermo?
(Alarmado y yendo á sostenerle.)

GUST. (¡El clavo
penetra aquí más y más!)

ABAD. ¿Queréis que llame corriendo? (Con ansia.)

GUST. No... es nada.
ABAD. ¿De veras?
GUST. (Reponiéndose.) Sí...
Continuad.
ABAD. Más vale así. (Pausa conveniente.)
Pues como os iba diciendo,
mi pobre hermana siguió
de su marido la suerte.
Llegó la hora de su muerte,
su testamento se abrió,
y vimos escrita en él
esta cláusula estupenda:
«Recibirá de mi hacienda
»treinta mil francos aquel
»que algo sepa ó dé razón
»del criminal alevoso
»que hizo matar á mi esposo
»en la ciudad de Lyon.»
GUST. ¡Alevoso y criminal!...
(Con amargo y reconcentrado acento.)
¿Está bien calificado.
Y esa cláusula ha llegado
á ser pública? (Con ansiedad.)
ABAD. No tal.
GUST. ¿Cómo no?...
ABAD. La cosa es llana.
Yo me opuse al testamento
y todavía lamento
la obcecación de mi hermana.
GUST. ¿Pero, y la ley? (Objetando suavemente.)
ABAD. ¿Lo consiente?...
¡No lo debe consentir!
¡Quién no perdona al morir
señal de que está demente!
Y aunque borrar no he podido
la cláusula, yo os advierto
que he de influir sobre Alberto
para que la dé al olvido.
GUST. ¿Y qué dice la heredera? (Con interés.)
¿No sabe la condición?
ABAD. ¡Y también que es el perdón
quizá la virtud primera!

GUST. (Con satisfacción y júbilo.)
¡Es verdad! Gracias al cielo
que oigo perdonar agravios
y que vierten unos labios
frases de paz y consuelo.

ABAD. (Con sonrisa dulce.)
El perdonar... para vos
quizá sea un sacrificio,
no para mí, que al servicio
me he consagrado de Dios.
(Con naturalidad y nobleza.)
¿Cómo podria bajar
el Redentor á la mano
de un sacerdote cristiano
que no sabe perdonar?
Cuando clavo la mirada
(Marcando algo las palabras.)
en el lábaro divino,
cuando la cabeza inclino
sobre la hostia inmaculada,
siempre le pido al Señor
el bien para todo el mundo
y en mi súplica confundo
delatado y delator.
¡Al uno, por si aun no habita
los cielos, que en ellos entre,
y al otro, para que encuentre
la piedad que necesita!

labarum

sacrificial victim

GUST. ¡Sois un ángel! (Con entusiasmo.)

ABAD. (Sonriéndose dulcemente.) ¡Sí!... de lodo.
Además, ¿no es muy probable
que se encuentre ya el culpable
arrepentido?

GUST (Con gran convicción y como atropellándose.)
¡Y del todo!
¡Eso os lo aseguro yo,
lo sé positivamente!

ABAD. ¿Por ventura al delincuente
habeis conocido?.. (Con extraña curiosidad.)

GUST. (Disimulando y casi confuso.)
¡No!
Ni es necesario en verdad...

¿Más quién no teme un castigo?
(¡Ya no sé lo que me digo!...
¡Loco estoy!)
(Aparece un criado del Abad en la segunda puerta derecha.)

CRIADO. ¿Señor Abad?...
(Próximo á la puerta.)
El sindico de Ibersé
quiere hablaros con empeño.

ABAD. ¿Me permitís? (Á Gustavo con acento cortés.)

GUST. Sois muy dueño.

ABAD. Presto vuelvo.
(Vase por la segunda puerta derecha seguido del Criado.)

GUST. (Pausa conveniente.) Aquí estaré.

ESCENA XIV.

GUSTAVO, luego LEONOR y ALBERTO, dentro.

GUST. ¡Oh, imprudencia torpe y loca!
¡Oh, ciego y fatal descuido!
¡Nunca tan cerca he tenido
el corazón de la boca!
(Dentro y á la derecha Leonor y Alberto, altercando con viveza.)

LEONOR. ¡Das márgen para que crean
otra cosa!

ABAD. ¡Pues mejor!

GUST. (Con disgusto y tratando de evitar el encuentro.)
¿Aquí Alberto y Leonor?...
¡Oh, no quiero que me vean!
¿Más donde ocultarme?... ¡allí!
(Señalando á la entrada de la huerta.)
¡Quizá oyéndoles hablar
de su amor logre calmar
este horrible frenesí!
(Vase precipitadamente al sitio indicado.)

ESCENA XV.

LEONOR y ALBERTO, que vienen por la primera puerta derecha, y GUSTAVO que permanece oculto y sale cuando lo marca la situación.

LEONOR. (Como suplicando al salir á escena.)
¡No te obceques, Alberto!
ALB. (Insistiendo id.) ¡Pues habla con franqueza!
LEONOR. ¿Una broma tamaño desconcierto
ha logrado infundir en tu cabeza?
ALB. (Con mayor insistencia y tono cariñoso.)
¡No es broma! Te conozco. Conque vamos.
LEONOR. ¡No es divertido el lance que digamos!
(Como haciéndole reflexiones.)
Cada cual á su antojo
interpreta el lenguaje de las flores,
mas yo no las consulto, las recojo
por gozar del aroma y los colores,
procurando advertida
cuando son para tí, que eres mi vida...
(Parándose con cierta coquetería.)
ALB. ¿Qué procuras? (Con sonrisa incrédula.)
LEONOR. Que sean las mejores.
(Con naturalidad y en son de broma.)
ALB. ¡Si me adorases como yo te adoro,
si fuese yo tu vida!...
LEONOR. (Con decisión y cariño.) ¡Oh, sí!
ALB. (Sin aspereza.) Lo niego.
¿No escuchas el afán con que te imploro
y sorda permaneces á mi ruego?
(Con creciente pasión.)
¡Qué diferencia de tu amor al mio!
El uno ingénuo, el otro reservado.
El que palpita aquí de su albedrío
ni un átomo siquiera te ha negado,
el que late en tu pecho,
más cauto ó más prudente,
su voluntad conserva... ¡Y muy bien hecho
¿Á qué trocarse un amo néciamente
en esclavo sumiso y obediente?
Te ví, te idolatré, puse volando

mi existencia á tus plantas, quiso el cielo
proteger mi ventura, colocando
palabras de consuelo
y dulcísimas mieles
en tu boca de perlas y claveles.
Desde entonces abiertas
ofrece á tu mirada luminosa
de par en par el corazón sus puertas.
Desde entonces el alma cariñosa
saltando de su centro,
como el hierro al imán salió á tu encuentro;
y al verse festejada
por la bondad propicia
y el fino trato de su prenda amada,
llena de gratitud, con la malicia
propia del niño que fingir no sabe,
te prodigó finezas y respetos
y te entregó la llave
de todos sus enigmas y secretos.
¿Y es así como pagas mi nobleza?
¿Y es esto proceder con juicio sano?
¿No soy digno quizá de tu franqueza
y lo soy de tu mano?
¡Ah, Leonor! medítalo si quieres
(Con amargura.)
y reflexiona en calma.
¿Qué es la unión de dos séres
(Desde este punto de la escena Leonor se muestra visiblemente emocionada.)
cuando no se concierta con el alma?
Desabrido manjar, tálamo frío,
lazo engañoso que se quiebra presto,
la víspera segura del hastío!
y el día de un engaño manifiesto!
¿Acaso no han de ser á los esposos
comunes los placeres y las penas?
¿Se encadenan los gustos amorosos?
¡Pues hallen los espíritus cadenas!
No espere un matrimonio dicha larga
si hay reservas y dudas y egoismo
si en el trascurso de la vida amarga
no se siente capaz del heroismo,

son cuatro brazos á llevar la carga,
dos corazones á sentir lo mismo,
y una fé generosa y un anhelo,
y un refugio de paz y de consuelo!

LEONOR. (Con decisión, entusiasmo y amor, no pudiendo luchar por más tiempo consigo misma y con su reserva.)
¡Tienes razón, escucha!
quiero decirte la verdad entera.

ALB. ¿Al cabo? (Con júbilo y sonrisa triunfante.)

LEONOR. ¡Sí, venciste, ya no hay lucha!

ALB. ¿Opinas como yo?

LEONOR. De igual manera.
Á buscar un apoyo en tus amores
hace poco que estuve decidida,
y no sin intención te dí las flores;
mas luego arrepentida
por no turbar la calma de tu pecho
desistí del propósito.

ALB. Mal hecho.
Habla, pues, sin tardanza,
que en tu servicio y devoción me tienes
dispuesto á todo.

LEONOR. ¡Incluso á una venganza!
(Con acento reconcentrado y enérgico.)

ALB. ¡Y á morir á tus piés cuando lo ordenes!
(Con entusiasmo.)
¿Venganza, contra quién?
(Con naturalidad y cierta extrañeza.)

LEONOR. Vas á saberlo.
¿No es el amor recíproco en sus bienes?
¡Pues también en sus odios debe serlo!

ALB. ¿Quién lo duda?

LEONOR. ¡Se trata de una historia
que mi existencia coronó de abrojos,
que aun se agita siniestra en mi memoria,
y aun empaña de lágrimas mis ojos!
(Muy enternecida.)

ALB. ¿Se refiere á la muerte de tu padre?

LEONOR. Á su trágico fin, Alberto mío,
y al postrimer encargo de una madre,
cuyo secreto á tu prudencia fio.

Sentémonos aquí sobre las gradas
(Señalando á las del pedestal de la imágen donde irá á sentarse llevando á Alberto por la mano. Leonor se colocará en la segunda grada apoyando el brazo sobre la rodilla de Alberto, que se colocará á su vez sobre la tercera, dando la espalda al pedestal.
de esta imágen querida,
y recibe en tu sér depositadas
las pesadumbres de mi triste vida!
(Apénas sentados Leonor y Alberto, aparece Gustavo por la izquierda, recatándose de ellos y visiblemente conmovido.)

ALB. (Con tono dulce y reflexivo.)
Vamos, calma, serénate y empieza.

GUST. (Con triste sonrisa y desesperado acento.)
(¿Conque á su madre no era parecida?...
¡Quizá siente el rencor con más fiereza
y la venganza con mayor delirio!...
¿Quieres huir? (Oprimiéndose el corazón)
¡Pues quieto! ¡Ten firmeza,
y hasta el final aguanta tu martirio!)
(Pasa Gustavo y se oculta detrás del pedestal. Pausa conveniente.)

LEONOR. ¿Cómo podré relatar
tanto sinsabor en calma?...
(Enjugándose los ojos.)

ALB. Si comienzas por llorar...
(Con dulce reconvención.)

LEONOR. ¡Es el lenguaje del alma
y no te debe extrañar! (Serenándose.)

—

Figúrate, Alberto mío,
un matrimonio de alguna
influencia y poderío
y gozando á su albedrío
de bienestar y fortuna.

—

Que en idólatra pasión,
si él felíz, ella dichosa,
tengan como galardón
y fruto de bendición

una niña candorosa.

—

Que constituya este ser
de unos padres juveniles
el encanto y el placer,
que frise en los siete Abriles...

ALB. ¡Lucero al amanecer!
(Interrumpiendo con acento lisonjero.)

—

LEONOR. ¡Cuán triste, Alberto querido,
(Con amarga sonrisa.)
ese amanecer ha sido!
De súbito y con sorpresa (Transición.)
la revolución francesa
viene á turbar aquel nido!

—

Y á su estruendo pavoroso
huye el conde de San Ló:
la esposa sigue al esposo
y entre aquel grupo amoroso
suspendida en brazos, yo!

—

Yo, si, que apénas lanzada
de la vida en los albores,
pude ver atribulada,
¡qué hay más espinas que flores
en la terrenal morada!

—

¡Yo!...
(Suspendiendo el relato y como desechando un pensamiento.)

ALB. ¿Prosigue?...

LEONOR. (Con rapidez y naturalidad.) Temería
hacer mi relato eterno
y vuelvo á la historia mía.
Érase una noche fría (Con marcado interés.)
en el rigor del invierno.

—

Dos corceles disparados
entre la nieve y la sombra,
corrían desesperados
con nuestros negros cuidados

sobre blanquísima alfombra.

—

Nos escoltaba ese anhelo
precursor de desventuras,
y oíamos con recelo
hasta el rechinar del hielo
que hendían las herraduras!

—

¡Y entre miedo y precaución,
y todavía más frío
que la noche el corazón,
llegamos, Alberto mío,
á la ciudad de Lyon!

—

Para calmar la ansiedad
y dar descanso á mi madre,
nos brindó hospitalidad
un criado de mi padre
residente en la ciudad.

—

Agradeciendo el favor,
aceptamos el asilo
de tan leal servidor. (Transición.)
Todo parece tranquilo,
no se escucha ni un rumor.

—

De pronto, al par que destella
perezosa el alba grís,
turbando la calma aquella,
se oye ese himno de Marsella
que ha deshonrado París!...

—

Cien gargantas cavernosas
lo acompañaban furiosas
con gritos desgarradores
á los rojos resplandores
de las hachas resinosas.

—

¡Un terror indescriptible
de nosotros se apodera!
(Se levanta de las gradas y da algunos pasos hacia la batería como si todavía estuviera presen-

ciando lo que describe. Alberto la sigue con ansiedad.)
¡Avanza el coro terrible...
ya sube por la escalera...
ya no hay salvación posible!

—

Con atropellado acento
la turba madrugadora
nos manda abrir al momento
la puerta del aposento
que aceptamos en mal hora.

—

¡Abrimos, nos devoraron
con los ojos de un chacal!...
Dos hombres se adelantaron
y de esta manera hablaron
poniendo el pié en el umbral:

—

«¿La ilusión no te engañó?
»¡Piénsalo bien y medita!»
Y el otro le respondió:
«¡Es el conde de San Ló
»y ahí va la denuncia escrita!»

—

¡Y al entregar su papel,
de qué satánico alarde
hizo gala el hombre aquél!...
¡De qué risa tan cruel,
tan inícua y tan cobarde!

—

¡Aquí la tengo grabada
con su punzante mirada.
(Llevándose la mano al corazón.)
y aun suena en el alma mía,
fúnebre y acompasada
como un toque de agonía!

—

ALB. ¡Infame! (Con rabia. Pausa conveniente.)
LEONOR. Inútiles fueron
de mi padre las protestas,
ni siquiera las oyeron,
y á prisión lo redujeron

aquellas turbas funestas.

—

Y en el colmo del dolor,
estalló un triple gemido
profundo y desgarrador...
¡También sonará en su oído
mientras viva el delator!

—

Y del padre y del esposo
siguió un abrazo angustioso
y un beso de despedida...
¡Último soplo de vida
de aquél ser tan cariñoso!
(Con visible emoción.)

—

Y se oyó el zumbido fiero
de la turba al desfilar...
y el ¡adios! del prisionero,
vibrante como el acero
que lo iba á guillotinar!..

—

¡Y al otro día un malvado
en la plaza de Lyon,
sobre el sangriento tablado
pudo recoger airado
el fruto de su traición!

—

ALB. ¡Tarde ó temprano el impío
hallará su recompensa!
(Con furor mal reprimido)
¿Y después?.. (Á Leonor, con ansia é interés.)

LEONOR. Alberto mío,
sumidas en el vacío
de pérdida tan inmensa!

—

¡Oh!.. ¿No has visto alguna vez (Transición.)
una tórtola gimiendo
en solitaria viudez
y poco á poco muriendo
de tristeza y languidez?

—

Pues así, mústia, abatida,
llorando su desventura,

como esa tórtola herida
en su amorosa ternura,
perdió mi madre la vida!
(Acabando casi en un sollozo. Pausa conveniente.)

—

Al notar su fin cercano,
(Con marcada intención.)
llevándome por la mano
á los piés de un crucifijo,
estas palabras me dijo,
y no me las dijo en vano!

—

«¡Leonor, hay un deber!..
»fácilmente se te alcanza
»y ya sabes lo que hacer.
»¡Los que te dieron el ser
»te están pidiendo venganza!..»

—

Y allá en su postrer desvelo,
con apasionado anhelo
un nombre querido invoca!..
¡Su alma lo arrulló en mi boca
(Con ternura filial.)
antes de volar al cielo!

—

¿Y he de olvidar el clamor
(Con arrebato.)
y el encargo de una madre?..
¿Quieres mi vida y mi amor?
(Á Alberto con entusiasmo y decisión.)
¡Jura ser el vengador
de la muerte de mi padre!

—

Alb. ¡Oh, Leonor, á mi entereza fia
(Con entusiasta resolucion.)
la expiacion del pérfido asesino!
Póngalo Dios siquiera, un solo dia,
un instante no más en mi camino,
y yo te juro, por la Vírgen Santa,
(Acercándose al pedestal y extendiendo el brazo con la mano abierta en señal de lo que jura.)
que he de hundirle un puñal en la garganta!

(Sale Gustavo de detrás del pedestal y retira el brazo de Alberto diciéndole al mismo tiempo lo que sigue con alguna aspereza, y en tono de disgusto y reconvencion. Leonor retrocede como disgustada por la sorpresa.)

GUST. ¡No jures, insensato!
(Al repeler el brazo de Alberto.)
¿No ves ante quien juras? (Por la Vírgen.)

ALB. ¿Vos aquí, padre mio?...
(Con cierta confusion.)

GUST. ¿En tu arrebato
elegir otra imágen no procuras?
¿Qué te dice esa piedra?
(Señalando á la parte superior del pedestal.)
Responde sin tardanza.
(Con respeto religioso y como si reconociese su error.)

ALB. ¡La Vírgen del Perdón!

GUST. ¿Y no te arredra
prometer en su nombre la venganza
y con sangre empañar su claro brillo?
¡En mala piedra afilas tu cuchillo!
(Con amarga sonrisa.)

MUSICA.

TERCETO Y FINAL DEL ACTO.

ALB. (¡Una blasfemia
sin duda fué
el juramento
que pronuncié!
¿No es esta Vírgen
la del Perdón?
¡Luego mi padre
tiene razón!)

LEONOR. (¡Esta sorpresa
no imaginé,
todo lo ha oído
claro se vé!
¡Por una falta

de precaución,
va á divulgarse
mi situacion!)

GUST. (¡Si es necesario
no dudaré
y otro secreto
revelaré!
¡Salte en pedazos
el corazón
y halle mi Alberto
su salvación!)

—

ALB. Perdonad, padre mío,
sacrílegos agravios
y el juramento impío
que oísteis de mis labios.
Si hay culpa en este alarde
que ostenta mi furor,
responda aquel cobarde
maldito delator!

—

LEONOR. ¡Despues de haber oído (Á Gustavo.)
parece hasta imposible
no os haya conmovido
historia tan horrible!
Sin tregua en mi venganza
seguir juré ante Dios,
y hoy tengo la esperanza
(Con tono suplicante.)
de hallar apoyo en vos.

—

GUST. Tras de esa imágen
la historia oí
y tus pesares
compadecí.
¡Más en venganzas
no hay que soñar!..
Yo soy amigo
de perdónar.

—

LEONOR. ¡Yo no perdono! (Con brio y decisión.)
¡Eso jamás!

—

¡Ah, yo he viste en noche horrible
y temblando de pavor,
entre un grupo de sicarios
al infame delator!
¡Y caer sobre mi padre,
maltratarlo sin piedad,
y arrancarme de sus brazos
con salvaje crueldad!
Y aun ver se me figura
el rostro del traidor,
su triunfo celebrando
con sonrisa feroz.
¡Y aun el ¡Adios! postrero
de aquel padre infeliz,
sus besos y sollozos
sonando están aquí! (Al corazón.)

—

ALB. ¿Quién perdona, quién olvida (Con decisión.)
una acción tan criminal?...
Leonor, tuya es mi vida
cumpliré tu voluntad.
(Tomándola de una mano.)
¡Si consigo hallar al hombre
que á tu padre asesinó
yo te juro por mi nombre
que he de ser tu vengador!

—

LEONOR. (Como respondiendo á la promesa de Alberto.)
Mi absoluta confianza
pongo en tí sin vacilar,
y el castigo y la venganza
de una acción tan criminal.
Si las huellas del culpable
descubrir quisiera Dios,
no ha de hallar el miserable
ni indulgencia ni perdón!

—

GUST. (Acongojado en extremo.)
(¡No hay martirio, ni tormento
que se puedan comparar
con la angustia que yo siento,
por castigo celestial!

¡De la mar embravecida
he salvado á Leonor!...
¡En la mar le dí la vida
y me dí la muerte yo!)

—

(Suena el Coro dentro y á la derecha.)

CORO. Tararán, tararán, tararán...

GUST. ¡Escuchad!

(Á Leonor y Alberto por el Coro.)

CORO. Tararín, tararín, tararín...

GUST. ¡Oid! (Con alegría.)

CORO. Bien venido sea
el señor notario;
toda la semana
voy á estar bailando.
Dichas los amantes
gocen años mil
y su matrimonio
haga Dios feliz.

GUST. De esa fiesta y alegría
(Lleno de júbilo y emoción abraza á Leonor y Alberto.)
la dulcísima explosión
nos anuncia que es el día
consagrado á vuestra unión.
Ya bullir se oye la gente
de la música al compás,
disfrutemos del presente
sin volver la vista atrás!

—

ALB. ¡Para gozar
de nuestro amor!...
(Con tono suplicante á Leonor.)

LEONOR. ¿Hay que olvidar?...
(Preguntando con ansia.)

ALB. Sí, Leonor.
(Haciendo un esfuerzo sobre sí misma y con decisión y apasionado acento.)

LEONOR. Por tí, mi bien,
á mis deseos
treguas daré.

¡Y éste pesar
en tu cariño
se calmará!

—

CORO. (Dentro.) Cuélguense de flores
puertas y ventanas
y un toque de gloria
suene en las campanas.

—

ALB. y LEONOR. De esa fiesta y alegría
(De la mano y con amorosa embriaguez.)
la dulcísima explosión
nos anuncia que es el día
consagrado á nuestra unión.
¡Busque el alma sonriente
su amoroso bienestar
y disfrute del presente
sin volver la vista atrás!

—

GUST. ¡Venid á mis brazos
y viva el amor!
ALB. y LEONOR. ¡Ah, sí, para siempre
ventura y amor!
(Arrojándose en brazos de Gustavo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon adornado de tapices con techo de ensambladura y pavimento encerado. Puerta al foro, dos más pequeñas á la derecha y otra á la izqnierda en primer término. Una ventana cerrada con hojas practicables de vidrios de colores, también á la izquierda, pero en segundo término. Mesa cubierta con paño encarnado á la derecha y en primer término, y junto á ella un sillon gótico. Taburetes en diferentes puntos de la escena y próximos á las paredes. La puerta y ventana de la izquierda permanecerán cerradas hasta que lo determine la acción del drama.

ESCENA PRIMERA.

Sale el CORO general por el fondo, mirando detenidamente y con asombro el lujo de la habitación. Después LEONOR por la derecha.

MUSICA.

CORO. ¡Vaya unos tapices,
qué bonitos son!
Si es una ascua de oro
cada habitación.
Todas estas cosas
qué envidia me dan...

LAS MUJERES. ¡Quién fuera la novia!

LOS HOMBRES. ¡Quién fuera el galan!

(Reparando en la llegada de Leonor los coristas que se hallan colocados en frente de la primera puerta de la derecha.)

UNOS. Ella viene!
OTROS. Ya está aquí.
UNAS. ¡Qué bien puesta!
OTRAS. ¡Qué gentil!

(Al salir Leonor, haciéndole muchos cumplidos y cortesías.)

CORO GENERAL. En estas horas mágicas
de dicha y de placer;
y en este dia clásico
más dulce que la miel,
reciba nuestros plácemes
con alma y corazón,
la joven y simpática
condesa de San Ló.

—

LEONOR. Yo acepto tan amable
solicitud
y os brindo á todos juntos
mi gratitud.

—

CORO. De la suerte y ventura
de vuestro ser,
partícipes nosotros
somos también.

—

LEONOR. La alegría en que hoy me inundo,
por celeste bendición,
hoy quisiera á todo el mundo
extensiva hacerla yo.

—

Cuán seductoras,
día feliz,
tus dulces horas
son para mí,
no ví en el suelo
nunca más luz
ni el alto cielo
fué más azul.
¡En su ventura

tierno placer,
con ansia pura,
goza mi sér
y hoy le parece
todo mejor,
pues lo embellece
todo su amor!

—

CORO. ¡En su ventura
tierno placer,
con ansia pura,
goza su sér
y hoy le parece
todo mejor,
pues lo embellece
todo su amor!

—

LEONOR. ¡Y al sentir tan dulce bien
tal fortuna de cerca al mirar,
á las puertas de un Eden
cree el alma dichosa llegar!

CORO. ¡Y al sentir tan dulce bien
tal fortuna de cerca al mirar
á las puertas de un Edèn
cree su alma dichosa llegar!

—

LEONOR. Tanto bien al sentir
mi leal corazón,
hoy palpita feliz
embriagado de amor.

—

CORO. Tanto bien al sentir
su leal corazón,
hoy palpita feliz,
embriagado de amor.

—

LEONOR. Si fuera un sueño
tanto placer
y un vano empeño
mi ardiente fé.
Si un sueño fuera
lo que senti

y una quimera
mi frenesí;
disfrute en calma
su bienestar
sin ver el alma
la falsedad,
y en sueño blando
mi corazón
siga gozando
de su ilusión.

CORO. ¡Y al sentir tan dulce bien
tal fortuna de cerca al mirar,
si es un sueño del Eden,
quiera Dios no despierte jamás!

—

LEONOR. (Ejecutando adornos musicales.)
Tra... la... la... la... tra... la... la...
tra... la... la... la... tra... la... la...

—

CORO. En su ventura
tierno placer
con ansia pura
goza su sér,
y hoy le parece
todo mejor,
pues lo embellece
todo su amor.

—

LEONOR. En sueño blando
mi corazón
siga gozando
de su ilusión.

HABLADO.

LEONOR. ¡Para bien tan lisongero
os agradezco de veras
y os pido un favor!

UN CORISTA. ¡Sepamos!

LEONOR. ¡Que para honrarme en la fiesta
hay que divertirse mucho!

EL MISMO. Muy bien, señora condesa.
¡que viva la novia!
CORO GENERAL. ¡Viva!
LEONOR. ¡Jesús! (Tapándose los oidos.)
EL CORISTA. La bomba primera.
(Desaparece el coro bulliciosamente por el foro derecha, tarareando el último tiempo de la introducción.)

ESCENA II.

LEONOR y el ABAD, que sale por la primera puerta derecha.

ABAD. Buen humor gasta la gente.
LEONOR. Como que vino la aldea
en masa á felicitarme.
ABAD. ¡Pues que sea enhorabuena.
(Sentándose junto á la mesa.)
Hija, me tiene encantado
el padre de Alberto. Cuentan
de su virtud tales cosas
que cautivan y embelesan.
No haría más en el mundo
la misma beneficencia,
si del cielo en forma de ángel
á este mundo descendiera!
LEONOR. ¿No me referís alguna?
ABAD. ¡Son tantas!... En fin, ahí va esta
que con Luz se relaciona
y es un rasgo de primera.
(Levantándose del sillón.)
Hará cosa de diez años
que una mortal epidemia
trasportada de las Indias
vino á descargar en Bélgica.
Fué tan terrible el azote
y sembró de tal manera
la consternación y el luto,
que hasta rompió las cadenas
fraternales, y los hombres

se convirtieron en fieras.
Huyó la virtud del alma,
la caridad de la tierra
y el egoismo cobarde
atrancando bien las puertas,
cómplice de aquella peste
hizo más víctimas que ella.
Se encontraba por entonces
el señor Gustavo cerca
de Rotterdam y en un pueblo
que era también residencia
de la familia Luz.
Desde el punto en que la horrenda
enfermedad aparece,
el señor Gustavo empieza
á difundir los tesoros
de su bondad por doquiera.
¡Corazón, brazo, bolsillo,
ejemplos de fortaleza...
todo, todo lo prodiga!...
sirviendo de Providencia
en sus desdichas á un pueblo
que lo admira y lo venera.
¡Los infortunados padres
de Luz, fueron las primeras
víctimas de aquel azote,
que aún no ha borrado sus huellas!
y al descender al sepulcro,
sumieron en la tristeza
del más negro desamparo
á su desvalida huérfana.
¡Sin apoyo, sin parientes,
con una mezquina hacienda
que hubiera en honradas manos
dádole sustento apénas,
de no haber aparecido
la generosa tutela
del noble señor Gustavo,
imagina y considera
la desventura de Luz
en aquella edad tan tierna!
Mas con ser únicamente

su tutor, no se contenta!

LEONOR. ¿No? (Con asombro.)

ABAD. ¡Le señala un buen dote
para cuando se establezca!
¿Qué tal tu futuro padre?
Vamos, dime con franqueza.

LEONOR. ¡Excelente!

ABAD. Si, excelente.
No hay dos como él en la tierra.
(Se aproxima á la ventana.)
Apuesto á que todavía
no has reparado en la iglesia. (Abriéndola.)

LEONOR. ¿Á ver, á ver?... ¡Admirable!
(Mirando por la ventana.)
Hermosísima de veras.

ABAD. Cuando el altar se ilumine
y las arañas se enciendan,
vá á deslumbrar como un sol.
(La cierra. Transición.)
Oye! Durante mi ausencia
no han traído ningún pliego
para mi?

LEONOR. No, que yo sepa.

ABAD. ¡Mucho tarda, y es muy raro!
El síndico en la estafeta
de Francia lo vió ayer tarde,
y según me dijo, lleva
el sello de los archivos
de Lyon.

LEONOR. ¿Sí?.. (Sorprendiéndose agradablemente.)

ABAD. Y esto enjendra
mi curiosidad, sobrina,
pues no recuerdo que tenga
ningún asunto pendiente
de ese centro.

LEONOR. (Con cierta rapidez.) (La respuesta
de mi carta!.. Es necesario
que mi tio no la vea.
Mas bah! cuando el archivero
á él se la dirige, prueba
de que el incendio redujo
la delacion á pavesas!)

(Queda un momento como meditabunda.)

ABAD. Ya sé que tienes regalos
soberbios. (Leonor hace un gesto desdeñoso.)
¿No estás contenta?

LEONOR. ¡En el dia de mi boda
(Con intencionada y amarga sonrisa.)
otro regalo quisiera!

ABAD. ¿Otro?.. (Con extrañeza.)

LEONOR. Una hoja de papel
que se busca y no se encuentra!
(Marcando las palabras.)

ABAD. Es facilillo el enigma.

LEONOR. Espero que lo resuelva
el archivero muy pronto! (Marcando también.)

ABAD. (Con mayor extrañeza y curiosidad.)
¡Luego sabes!..

LEONOR. Ni una letra.
(Con naturalidad y luego con viveza.)
Y voy con vuestro permiso,
pues los convidados llegan.
(Vase primera puerta derecha.)

ESCENA III.

EL ABAD.

¡Este diantre de muchacha,
(Algún tanto alarmado.)
que es muy lista y muy traviesa,
habla siempre con segunda!
¿Ese papel?.. ¡Qué sospecha!..
¡Bah! imposible ¿De tal cosa
quién en tal dia se acuerda?
(Se apróxima de nuevo á la ventana como para abrirla. Llega César por la segunda puerta derecha dando saltos de alegria.)

ESCENA IV.

EL ABAD y CÉSAR, LUZ al paño.

CESAR. (Sin reparar en el Abad.)

¡Hurra! ya es mia, vencí!
¡Ya la tengo conquistada!
(¡Mi tio!.. ¡Vírgen sagrada!)
(Al verlo, con cierta angustia cómica.)

ABAD. (Aproximándose á César y con naturalidad.)
Qué conquista es esa, di?

CESAR. (Como haciendo un esfuerzo heróico.)
(No hay escape! Pues señor,
armémonos de osadia.) boldness
Querido tio, venía
(Con afectuosa súplica.)
á pediros un favor.
(Cierra las puertas del fondo y primera de la derecha.)

ABAD. Qué haces? (Con extrañeza y sonriendo.)

CESAR. Cerrar.

ABAD. ¿Por ventura
es tan grave el caso?

CESAR. ¡Mucho!
(Se dirige también á la segunda puerta derecha.)
(¡Atención y en guardia!)
(Al tiempo de cerrarla, bajo y á Luz.)

LUZ. (¡Escucho!)
(Dentro con claridad y rapidez.)

ABAD. (Con satifacción y como saliendo de un estado reflexivo.)
(¡Rabia por hacerse cura!)

CESAR. Ahora ocupad, tio amado,
este sillón.
(Por el que está junto á la mesa y dándole media vuelta.)

ABAD. ¿Para qué?

CESAR. Despacito... os lo diré
así que os hayais sentado.

ABAD. Vaya un capricho. (Sentándose.)

CESAR. (Con angustia cómica.) (¡Yo sudo!)

ABAD. Vamos, habla sin rodeo,
que hoy es gran día y deseo
ser complaciente.

CESAR. (Lo dudo.)
He pensado y sabe Dios
con cuánta necesidad... (Vacilando.)

ABAD. ¿Qué has pensado? (Animándole.)
CESAR. La verdad,
el confesarme con vos.
ABAD. ¿Conmigo? (Con sonrisa y extrañeza.)
CESAR. ¿Mejor, con quién?
¿La víspera de ordenarse,
no es prudente confesarse
con su propio tío?
ABAD. Bien,
pero... (Como queriendo hacerle alguna reflexión.)
CESAR. En tres palotadas (Interrumpiendo.)
á exponer el caso voy
y á mostrar si digno soy
de las órdenes sagradas.
Mas quede en impenetrable
(Marcando las palabras.)
secreto cuanto hablo y digo,
y mi conciencia al abrigo
del sacramento inviolable,
que llama la religión
tribunal de penitencia!...
ABAD. ¿Confesión ó confidencia?
Distingamos. (Con sonrisa burlona.)
CESAR. Confesión.
ABAD. (Algún antojo pueril.)
(También sonriendo. César se arrodilla á los piés del Abad, y exclama con afectado dolor y gran seriedad.)
CESAR. ¡Acúsome, padre mío,
de estar engañando á un tío
de la manera más vil!
ABAD. (Como oyendo una cosa inesperada y sin dar crédito á lo que oye.)
¿Eh?
CESAR. (¡La primera andanada!
veremos cómo la toma.)
ABAD. Mira, César, que la broma
(Con alguna seriedad.)
es un poquito pesada.
CESAR. ¡Si no tuviera el demonio
(Con angustia y alzando un poco la voz.)
tentaciones tan dañinas!...

ABAD. ¿De qué índole?
(Con sonrisa y naturalidad.)
CESAR. ¡Femeninas!
¡Un segundo San Antonio!
ABAD. ¡Pues sobre él, según se cuenta,
no hubo beldad victoriosa!
(Sonriendo también y de buen talante.)
CESAR. ¡No sería tan hermosá
como la que á mí me tienta!
ABAD. ¿Qué oigo? ¿Se estará burlando
este pillo?
(Dando con el puño sobre la mesa y con mucho enfado. César pega un salto y se separa de su tío.)
CESAR. ¡Calma, calma!
(Apaciguándole con sonrisa burlona.)
ABAD. Te voy á romper el alma!
(Alzándose del sillon con el puño crispado.)
CESAR. ¡Ved que me estais confesando
(Con temor cómico y con cierta solemnidad y rapidez.)
y que ejerceis al presente
un ministerio divino!..
ABAD. Basta de chanzas, sobrino!
CESAR. ¿Qué sobrino?.. Penitente!
ABAD. Bien, me amoldo á tu deseo:
(Como haciendo un esfuerzo por dominarse y con amarga sonrisa.)
prosigue, tendré paciencia.
Ya vendrá la penitencia.
¡Va á ser superior! (Se vuelve á sentar.)
CESAR. (Lo creo.)
ABAD. ¿Conqué no es sombra fantástica
esa tentación?..
CESAR. (Arrodillándose de nuevo.) Ha sido
tan real... que ya ha torcido
mi vocación eclesiástica!
ABAD. ¿Sabes lo que dices?.. (Con ironía.)
CESAR. Sí.
Digo la verdad desnuda
á mi confesor: no hay duda
que debo hablaros así!
Y ya puesto en situación

diré más.

ABAD. No sé qué más.

CESAR. Que no he tenido jamás (Con resolución.)
semejante vocación!

ABAD. ¡Falso! ¡hipócrita!.. ¡Dios mio!
(Amenazando y levantándose de nuevo.)
si no lo puedo creer!

CESAR. (Alzándose también del suelo y aparentando la mayor candidez.)
Y todo, todo por ser
tan corto de genio, tio!
(Pausa conveniente. Transición.)

ABAD. El reto desvergonzado
de tu insolencia recojo,
y... ó te ordenas ó te arrojo
sin compasión de mi lado!

CESAR. No hay que apurarse por eso,
(Con afectada resignación.)
me ordenaré sin chistar,
sino lo quiere estorbar
aquel... con quien me confieso!
Pues ya sabe claramente
la guerra que me hace el diablo!..
Y como dice San Pablo
en su Epístola elocuente...

ABAD. ¡Oh, reniego de tu casta!
(Interrumpiendo de mal talante.)

CESAR. Dice: Más vale casarse...
(Continuando con impavidez.)

ABAD. Déjame en paz!

CESAR. Que abrasarse
con el fuego...

ABAD. Basta, basta! (Muy enfurecido.)

CESAR. Hallándome así perplejo,
¿no es bien, que un tío me diga,
si es conveniente que siga
del Apóstol el consejo?
¿Y más, cuando á mi entender,
(Con entonación cómica y un tanto hueca.)
nos podemos condenar,
lo mismo vos por mandar
que yo por obedecer?

ABAD. Es verdad!... Hagamos punto.
¡No te ordenarás!.. Descuida:
tienes razón, ancha vida...
y pasemos á otro asunto.
Como confesor, si quieres (Vuelve á sentarse.)
toda la razón te doy;
mas como tío, á quien hoy
con tanta perfidia hieres,
en justa correspondencia
de tu proceder villano...

CESAR. ¡Qué!... (Con extrañeza.)

ABAD. ¡Te retiro mi mano
y te excluyo de mi herencia!

CESAR. (Con tono de suave reconvención.)
Pero tío, ¿estais en vos?
¿Eso á mostrarse á la vez
equivale parte y juez
en el tribunal de Dios?
Yo os suplico la templanza.
(Se arrodilla otra vez.)
Pensad que en este momento
mancillais un sacramento
que no admite la venganza.
(Marcando las palabras.)
¡Sin violar la confesión
no me podeis castigar,
ni me podeis ordenar
conociendo mi opinión!

ABAD. (Sonriendo irónicamente.)
¿Y quién dice que no seas
en la situación presente
un mentecato?

CESAR. Corriente:
¡Pero triunfé!

ABAD. No lo creas.
No tienes mala victoria! (Riendo á carcajadas.)
¡El chasco es fenomenal!

CESAR. ¿De qué os reis? (Sin comprender.)

ABAD. (Con aire de triunfo.) ¡Pese á tal!
De tu falta de memoria.
(Sonriendo y marcando las palabras.)
¿No das en el quid? No ves

en tus locas imprudencias
que me encuentro...

CESAR. (Levantándose, interrumpiendo y como herido repentinamente por una sospecha.)
¿Sin licencias
de confesar?...

ABAD. ¡Hace un mes!

CESAR. (Dándose con el puño en la frente y como anonadado.)
¡Ah, lo olvidé, suerte ingrata,
no hay escape!... Estoy perdido.

ABAD. ¡Mal negocio! Te ha salido
el tiro por la culata. (Transición.)
¿Qué no merece un traidor
tan solapado?
(Levantándose también y asiéndole de una oreja.)

CESAR ¡Lo sé! (Con sinceridad.)
¿Quereis darme un puntapié
en la parte posterior. (Dando media vuelta.)

ABAD. Quiero imponerte el castigo
que reclama tu locura.

CESAR. ¡Pero si voy á ser cura, (Con súplica.)
si de todo me desdigo!

ABAD. ¡Es tarde: la puerta toma
y á escape con tu traición! (Señalando al foro.)

CESAR. ¡Querido tío, perdón,
que todo ha sido una broma!
(Arrodillándose. Dan golpes con la mano á la segunda puerta derecha.)

ABAD. ¿Han llamado?

CESAR. Y con urgencia.

ABAD. ¿Quién será?

CESAR. No lo adivino...
Más lo que fuere...
(Agarrándole del faldón de la levita y sonriendo maliciosamente.)

ABAD. (De mal humor.) ¡Sobrino!

CESAR. Me lo echais de penitencia.
(Se aproxima el Abad á la puerta y la abre.)

ABAD. ¡Adelante!...
(Aparecen Magdalena y Luz, ésta se coloca detrás de aquella, y ambas junto á la puerta.)

¡Por la cruz!
(Al ver á Magdalena, con asombro cómico.)
¿de una vieja enamorado?

CESAR. ¡Qué se haga esa sombra á un lado,
porque hay un eclipse! (Sonriendo.)

ABAD. ¡Luz!
(Al separarse Magdalena y reparando en la joven.)

LUZ. ¡Señor!
(Arrodillándose junto al Abad y con tono de súplica.)

MAG. ¡Qué gracia!
(Á César con muy mal gesto.)

ABAD. Está bien.
(Cruzándose de brazos y mirando alternativamente á César y Luz, que permanecen arrodillados. Pausa breve.)

CESAR. (Ahora sí que se arma el cisco.)

ABAD. ¿Con qué la Abadía al Fisco?...
¡Pues que aproveche... y amen!
(Tomando de la mano á Luz y entregándosela á Cósar, que se levanta del suelo y la recibe en sus brazos con indecible alegría.)

CESAR. ¡Santo Dios!

LUZ. ¡Tanta bondad! (Al Abad.)

ABAD. No, hija mia, no, ninguna,
Dios os colme de fortuna,
de suerte y prosperidad. (Transición.)
¡Fulminante amor!
(Á César con sonrisa benévola.)

CESAR. De un dia.

ABAD. ¡Por la posta!...

CESAR. Y tan profundo,
que ha borrado en un segundo
seis años de Teología.

ABAD. Bien: pues tan solo te pido
un favor.

CESAR. De buena gana.

ABAD. ¡Ya que cuelgues la sotana,
que seas un buen marido!

CESAR. (Fingiendo profundo dolor y arrepentimiento.)
¡Ah, tio!... en verdad os hablo,
que me abruma el alma un peso!...

ABAD. (Interrumpiendo con incredulidad y viveza.)
¡Mira, sobrino, todo eso
se lo cuentas á San Pablo!
(Vase por la primera puerta derecha. Pausa conveniente. Queda Magdalena al foro, en segundo término, visiblemente preocupada.)

ESCENA V.

DICHOS, menos el ABAD.

CESAR. (Con irónica reconvención.)
¡Ah, señora Magdalena!
¿No me dais la enhorabuena?
MAG. (Con sonrisa también irónica.)
¿Y de todo corazón?
(Con entonacion cómica y saliendo precipitadamente por el foro derecha.)
¡Valiente boda!
CESAR. ¡Está llena,
llena de satisfacción!
(Por Magdalena al foro.)

ESCENA VI.

CÉSAR, LUZ, ALBERTO y LEONOR.

LUZ. ¡Buen chasco! (Desde el foro.)
CESAR. (Aproximándose á Luz.) Como ninguno.
¡El golpe ha sido brillante!
(Tomándola de la mano.)
ALB. (Dentro.) ¡César, César! (Primera puerta derecha.)
CESAR. ¡Adelante!
(Salen Alberto y Leonor sonriendo picarescamente.)
LEONOR. ¿Qué tal?
(Á Luz con aire de triunfo, ésta acude á recibirla en sus brazos y ambas se ponen á hablar en voz baja.)
ALB. ¿Grandísimo tuno,
(Cruzándose de brazos y con sorna á César.)
conque esas tenemos?
CESAR. (Con ónfasis cómico.) ¡Sí,

el refran del herrador!
(Tomando á Luz de la mano y presentándola con mucha prosopopeya.)
Señores, tengo el honor
de presentaros aquí
este clavo, en que colgar
he dispuesto mi sotana,
y en la próxima semana
(Soltando la mano de Luz.)
pongo el banquito... y á herrar! (Á Alberto.)

ALB. Buscaremos residencias
contiguas.

CESAR. ¡No á mí entender!
Puede el oficio traer
desastrosas competencias.

ALB. ¡Corriente: venga esa mano (Se dan las manos.)
y á morir con valentía!
¡Qué tonto, más te valdría
ser abad!

CESAR. Gracias hermano.
(Suena un repique de campana á la izqnierda y como en la torre de la Abadía.)
¡La hora de tu suicidio! (Al oir la campana aparece Magdalena al foro.)
Y comienza la función
con tarasca. (Por Magdalena.

MAG. (Desconcertada.) Qué?

CESAR. (Á Magdalena, imponiéndola silencio.) Chitón!

MAG. (Qué lástima de presidio!) (Refunfuñando.)

ESCENA VII.

DICHOS y el ABAD.

MÚSICA.

ABAD. Vamos, vamos!.. gente viva!
(Sale por la derecha y se dirige hacia la izquierda para abrir la puerta que se supone dar acceso á la escalera de la iglesia,)
Cuidado con la escalera!

ALB. ¿Y mi padre?

ABAD. Abajo espera,
está con la comitiva.

(Abre la puerta y se retira por ella dejándola de par en par. Alberto y Leonor forman un grupo en primer término, César y Luz otro un poco más lejos y Magdalena se halla junto al foro, como abstraida y meditabunda.)

CANTO.

ALB. (Tomando de la mano á Leonor, con mucha pasión y aproximándose á la bateria.)
Los puros sentimientos
de un acendrado amor,
los firmes juramentos
que el alma pronunció
con ansia imponderable
de mi felicidad,
en lazo inquebrantable
por siempre á unirse van.

—

LEONOR. Los sueños de ventura (Con igual pasión.)
que brotan del amor,
la fé constante y pura
de un tierno corazón,
en religiosa calma
y al pié del sacro altar
con la embriaguez del alma
por siempre á unirse van.

—

ALB. y LEONOR. ¡Oh dicha inmensa,
goce profundo,
no hay en el mundo
suerte mayor.
Su recompensa
logra mi anhelo,
para consuelo
de tanto amor,

(César y Luz aparte y aproximándose á la batería.)

CESAR. (¿No sientes, Luz mia,
terrible ansiedad?)

LUZ. (Feliz nuestro dia
también brillará!

CESAR y LUZ. Sin ansia ninguna

LUZ. y en calma esperemos,
que nuestra fortuna
tan lejos no está.)

(Magdalena, aparte, y bajando también hasta la bateria.)

MAG. (¡Qué gran idea!
¡Qué buen ardid!
¡Caras las burlas (Por César y Luz.)
van á salir!
¡Pienso en el día
de vuestra unión
á esa escalera
darle jabón!)

(César y Luz se acercan á la ventana y se ponen á conversar en voz baja, y Magdalena se coloca á la derecha en segundo término, contemplando á César y Luz y sonriendo maliciosamente.)

—

ALB. En lazo eterno
te unes á mí!

LEONOR. ¡Ser tan dichosa
nunca creí!

—

ALB. y LEONOR. Ya trocado el rumbo incierto
en feliz realidad,
con su nave al dulce puerto
nuestro amor llegando está.
Tome el alma con presteza
de su dicha posesión,
y aquilate su pureza
la sagrada bendición.

(Vanse del brazo y aprisa por la izquierda.)

—

CESAR. ¿Vamos andando?
(Á Luz, viendo salir á Leonor y Alberto y dándole también el brazo.)

LUZ. ¡Vamos allá! (Apoyándose.)

CESAR. ¿Y vos, señora?...
(Á Magdalena con sorna y señalando á la iglesia.)

MAG. ¡Dejadme en paz!
(Con furia y sequedad. Vanse también por la izquierda.)

MAG. Mucha cachaza, (Al salir Luz y César.)
mala intención
y no olvidemos
lo del jabón!
(Se aproxima á la ventana y se pone á contemplar la iglesia. Pausa breve.)

ESCENA VIII.

MAGDALENA y el CORO de aldeanas que salen por el foro derecha, avanzando de puntillas.

UNAS. ¡Chis! Despacito:
no hay nadie ya.
(Observando el escenario.)

OTRAS. Á la ventana (Reparando en ella.)
la vieja está.

TODAS. ¡Eh!
(Llamando la atención de Magdalena.)

MAG. ¿Quién? (Volviéndose á la voz.)

CORO. ¿Señora
se puede entrar?

MAG. Que haya no veo
dificultad. (Entra el Coro.)

—

CORO. ¿Comenzó la ceremonia?

MAG. Todavía no empezó.
Entre tanto, amigas mías,
escuchad un notición!
(El Coro se agrupa alrededor de Magdalena.)
Sabed que las uñas
metió Belcebú.

CORO. ¿Pues cómo?...

MAG. ¡Don César
se casa con Luz!

CORO. ¿De veras?...

MAG. Lo raro,
lo particular,
es que lo consienta

su tío el Abad!

(El Coro con incredulidad y burla.)

CORO. Con qué se casa?

MAG. No lo dudeis

CORO. Já!.. já!... qué risa!

MAG. Ya lo vereis.

—

CORO. ¡No creais tal disparate
no seais tan infeliz!
Ya sabe él á quién engaña,
no me engañaría á mí!
Las palabras de don César
admitir con seriedad,
no hay locura semejante
ni mayor simplicidad.
¿Con qué se casa?
¡Qué candidez!
Si es una bola
puede correr.
Más con permiso
de su merced,
la ceremonia
vamos á ver.

(Se aproximan bulliciosamente á la ventana y se ponen á mirar al templo con marcada curiosidad.)

MAG. ¡Estos diablillos

(Dando tiempo á que se coloque el Coro á la ventana.)

muy listos son!...
Puede que al cabo (Con alegría.)
tengan razón.

(Váse por la izquierda.)

—

CORO. (Como describiendo lo que pasa en el templo.)

Lujosa comitiva
se agrupa ante el altar
y al acto religioso
se dió comienzo ya.
¡Qué lástima, nosotras
no haber podido entrar!
Mañana asistiremos
á la misa nupcial.

Ya están los novios
arrodillados
y á su derecha
los convidados.
Ya al señor cura
se oye leer...
¡Más yo estas cosas
no puedo ver!

(Aproximándose á la bateria en actitud de dirigir una súplica al cielo.)

La mujer es una planta
que se agosta sin tardar
y el palmito ¡Vírgen santa!
necesita aprovechar.
Con mi rancia solteria
no sé ¡ay triste! lo que hacer,
su despacho cada dia
más dificil me va á ser

(Con mucho afan.)

¡Libertador, libertador
de mi destino ingrato,
sé tú, señor!
¡Piedad de mi, favor, piedad!
Y el ascenso inmediato
por caridad!

(Volviendo á la ventana y como describiendo de nuevo.)

Ya el sí ha debido
de pronunciarse,
ya van la manos
á encadenarse.
¡Oh! Ya les echan
la bendición...
¡Salta de envidia
mi corazón!

(Bajando de nuevo á la bateria.)

La desdicha me persigue
y urge mucho á mi entender
el remedio que mitigue
tan horribe padecer.
Si un buen mozo hasta la fecha
no he podido engatusar!...

Whoedle

me daré por satisfecha
con que sea regular!

—

¡Libertador, libertador
de mi destino ingrato
sé tú, señor,
¡Piedad de mí, favor, piedad!
Y el ascenso inmediato
por caridad! (Vuelve Magdalena.)

—

MAG. La ceremonia (Al Coro.)
ya ha dado fin!
Conque, amiguitas,
largo de aquí! (Señalando al foro.)

—

CORO. ¡Qué malestar! ¡Qué desazón!
El ascenso inmediato
por compasión!
(Vase el Coro por el fondo y luego Magdalena por la segunda puerta derecha.)

ESCENA IX.

EL ABAD, que sale por la izquierda visiblemete agitado y luego un CRIADO al foro.

ABAD. Será aprensión, no lo niego,
más no puedo echar de mí
tan hondo desasosiego!.. (El Criado al foro.)
CRIADO. (Entrando.) Señor Abad, este pliego.
(Mostrándole uno.)
ABAD. El de Lyon!.. Trae aquí.
(Se acerca el Criado al Abad, le entrega el pliego y se vá por el foro derecha.)
No hay duda, el síndico tiene
(Contemplando el pliego.)
mucha razón: del archivo
con sello á mi nombre viene
y no vendrá sin motivo...
Veamos lo que contiene.
(Abriendo el pliego.)
«Señor Abad: (Leyendo con reposo y marcado

»interés.) Á ruego de su señora sobrina, la »condesa Leonor, y previa la autoriza»ción correspondiente, tengo el honor de »remitirle (desglosada del proceso que »en 1793 instruyó el tribunal Revolucionario de esta villa, contra el infortunado »Conde de San Ló) la adjunta hoja, en »que se consigna la delación que dió már»gen á dicho proceso.» (Dejando de leer y con profunda amargura.)

¡Ah, Leonor, Leonor!
¡Qué tristeza, qué dolor!
¿Este regalo pedías
á los cielos?... Aludías
á este papel delator?...
(Fijando la vista en la hoja.)
¿Qué? (Con asombro) ¡Jesús!
(Separando con horror la vista y apoyándose contra la mesa.)
¡No puede ser!
¡No hay aquí tal nombre escrito!
(Sacudiendo la hoja con mano convulsa.)
¡Me lo finge Lucifer!
¡Ah!...
(Haciendo un esfuerzo de dominio sobre sí mismo.)
Volvamos á leer.
Su firma... sí... ¡Dios bendito!
(Observando de nuevo la hoja y como herido por un rayo, se desploma sobre el sillón, apoyando los codos sobre la mesa y la frente sobre las manos. Al tiempo de caer el Abad, se presentan en la puerta izquierda Gustavo, Alberto y Leonor.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL ABAD, GUSTAVO, ALBERTO y LEONOR.

GUST. ¡Señor Abad!... (Con ansiedad al verle caer.)
LEONOR. ¡Cielo santo! (Id.)
ALB. ¡Ah! Corramos en su ayuda. (Id.)
(Gustavo pasa á la derecha del Abad, Alberto y Leonor se colocan á su izquierda.)

LEONOR. Estos papeles, sin duda,
(Fijándose en ellos, que estarán sobre la mesa, y recogiéndolos con rapidez. Leonor y Alberto dan algunos pasos á la izquierda y se aproximan á la batería.)
son causa de su quebranto!...

ABAD. ¡Dios mío!
(Dando un suspiro y alzando la cabeza.)

GUST. Ya vuelve en sí.

LEONOR. ¡Del Archivo de Lyon!
(Á Alberto, después de leer en voz baja y con viva satisfacción. Lee el otro papel.)
¡Adjunta la delación!
(Dando un grito, soltando el papel de las manos y quedando como petrificada.)
¡Gustavo de Martiñi!

ALB. ¡Cómo! ¡Ah!
(Recogiendo el papel del suelo, con asombro y quedando después como aturdido por el golpe.)

GUST. (¡Dios soberano!)
(Herido por la sospecha.)

ABAD. ¿Dónde están?
(Buscando los papeles sobre la mesa con mano crispada.)

GUST. (¡Ansias crueles!)

ABAD. ¿Dóndes están esos papeles?
(Á Leonor y Alberto alzándose del sillón y con tono de disgusto.)

ALB. ¡Señor Abad, en mi mano!
(Con amarga sonrisa.)

ABAD. ¡Tarde!... ¡Tarde!

ALB. ¡Sí por cierto!

ABAD. ¡Maldición!
(Pasa á la derecha de la mesa.)

GUST. (¡Sería horrible!)
(Como hablando consigo mismo.)

LEONOR. ¡Su mismo padre!... ¡Imposible!
(Saliendo de su inmovilidad.)

GUST. Dame ese papel, Alberto!
(Aproximándose á él y con tono de autoridad.)

ALB. ¡Tomadlo! ¡Y oiga de vos
si en él la verdad se encierra!

(Con ansia y marcando las palabras.)

GUST. ¡No hay perdón sobre la tierra!

(Después de reconocer el papel y con gran dolor.)

¡Es la justicia de Dios!

(Se apoya con el brazo derecho sobre la mesa vacilando y como á punto de caer. Desde este momento los papeles quedan sobre la mesa hasta que lo determina el diálogo. Asombro general y pausa conveniente.)

ALB. ¿Luego confesais el crímen?

GUST. ¡Lo confieso, lo confieso!

(Con dolorosa resignación.)

¡Mentir! ¿Qué logro con eso?
¡Las mentiras no redimen!
¡Para el cielo no hay engaño!...
¡Y pues su castigo envía
en la ocasión y en el dia
en que puede hacer más daño,
bendigamos con fé pura
la mano que nos azota
y apuremos gota á gota
el cáliz de la amargura!

(Inclina la cabeza y queda sumido en una profunda y silenciosa inmovilidad.)

ALB. ¡Más fácil, más natural...
con menos asombro viera
torcer al sol su carrera
que á vos ser un criminal!

(Á Gustavo. Transición.)

No es que os pida cuentas, no:
ni juzgue vuestro delito.
¡Allá Dios en su infinito
os perdone como yo!
¡No os echo en cara tampoco
el tiempo que habeis callado!...

(Gustavo da señales de agitación creciente.)

¡Pero sí el haber dejado
con la imprudencia de un loco,
realizar un enlace
inmoral, absurdo, horrendo!...

LEONOR. (Interrumpiendo.)

¡Ah!... Calla, ¿qué estás diciendo?

ALB. (Á su padre sin hacer caso de Leonor.)
¡Más no importa, se deshace!
LEONOR. ¿Lo que ata la bendición,
quién lo desata?... (Marcando las palabras.)
ALB. (Con decisión y brío.) ¡El puñal!
LEONOR. ¡Alberto!
ABAD. ¡Dios eternal!
ALB. ¡Es la única solución!
LEONOR. (Con tono suplicante y apoyando cariñosamente su mano sobre el hombro de Alberto.)
¿Más de tu padre en abono
no está el salvarme la vida?
ALB. ¡Pero antes fué él homicida
del tuyo!
LEONOR. (Con solemnidad y resolución heróica.)
¡Yo le perdono!
GUST. (Con inmensa gratitud.)
¡Gracias... gracias, Leonor!
ABAD. ¡Bien, hija mía, muy bien!
ALB. ¿Y perdonarás también
cuando se enfrie tu amor?
(Á Leonor con amarga sonrisa y marcando las palabras.)
LEONOR. ¡Siempre... siempre! (Sin vacilar.)
ALB. ¡Desdichada,
no sabes lo que te dices!
LEONOR. ¡Oh, sí, seremos felices!
ALB. ¡No, jamás!
LEONOR. (Con desfallecimiento y angustia.)
¡Virgen sagrada!
ALB. ¡Ven, escucha! (Tomándola de la mano.)
LEONOR. (Con dulce súplica.)
(Alberto mío!
ALB. (Marcando y con entonación creciente.)
¡Reflexiona, considera
que estás en la primavera
del amor, vendrá el estío
con su enojosa aridez,
seca mano y torbo ceño,
y al disiparse tu sueño
y al salir de tu embriaguez,
cuando á tanta vehemencia

suceda la fría calma,
sin ilusiones el alma
y en libertad la conciencia,
te recordará una madre
con espíritu ofendido,
que llevas el apellido
del matador de tu padre!
Y verás con aflicción,
entre sonrojos y penas,
que á la sangre de tus venas
le estás haciendo traición!

LEONOR. Hubiera sido traidora
(Con tono de reconvención y marcando también las palabras,)
de conocer este arcano
antes de darte la mano,
pero no lo soy ahora!
Y si hallas, si ves aquí
imposible nuestra suerte,
si hay que apelar á la muerte!..
La reclamo para mí! (Con valentía.)
No quiero el dolor profundo
de tu pérdida arrostrar...
¡Sin tí... qué puedo esperar
(Con amarga ternura.)
ni qué me importa del mundo!

ALB. Todo lo olvidas? (Con sonrisa amarga.)

LEONOR. Sí, todo!

ALB. ¿Y aquel encargo á tu celo?.. (Marcando.)

LEONOR. ¡Quién, mi madre!.. Está en el cielo
(Como interrumpiendo, con decisión y tono solemne)
y hoy pensará de otro modo!
Además, eres culpable (Transición.)
de algo tú?

ALB. No, no lo soy!
Pero la vida desde hoy
me parece insoportable. (Transición.)
¡Y ante una Vírgen juraba!
(Como hablando consigo mismo.)
El recordarlo me arredra!
¡Es verdad en mala piedra (Á Gustavo.)
nuestro cuchillo afilaba!

¡Y yo vengar prometí (Á Leonor.)
tus pesadumbres y agravios!..
Y él lo escuchó de mis labios
El!.. mi padre!..
(Llevándose las manos á la cabeza y como sintiendo profundo horror.)

LEONOR. Inútil, sí!
(Como desfallecida de luchar en vano.)
No hay nada que lo convenza!

ALB. ¡Hijo ser de un delator!
(En un arrebato de frenesí.)
No puedo más, Leonor,
Adios!.. me ahoga la vergüenza!
(Dirigiéndose al foro con rapidez. Gustavo se avalanza á la puerta y le cierra la salida.)

LEONOR. Alberto! (Yendo trás él con desesperación.)

GUST. Detente!.. Atrás!
(Con enérgico acento y autoridad.)

ALB. Dejadme! (Con súplica y despecho.)

GUST. Ni un solo paso!

ALB. Padre! (Casi amenazante.)

GUST. ¿Lo tienes acaso?
(Asiéndole por un brazo y con marcada entonación.)
¿Lo has conocido jamás?
¡El hombre que te arrojó
apénas recien nacido
á mi puerta, ni es ni ha sido
ni será mejor que yo!

ALB. ¿Cómo?.. ¿Qué?.. ¡La prueba!
(Con asombro y confusión.)

GUST. Está
(Leonor y el Abad se muestran también visiblemente sorprendidos y forman un grupo á la derecha. Alberto se coloca á la izquierda y Gustavo en medio.)
indeleblemente impresa!..
Cumple, cumple tu promesa,
no eres parricida ya!

ALB. Pero no dijisteis vos,
mil y mil veces, que el muerto
fué aquel expósito?

GUST. Alberto,

que me lo perdone Dios!

ALB. ¿Callar el secreto pudo
tanto tiempo?...

GUST. Te vestias
con mi nombre! Qué querias?..
¿Qué te dejase desnudo?

ALB. ¡Ah, si, prefiero el baldón
de mi nacimiento!

GUST. Escucha,
y comprenderás la lucha
de este infeliz corazón,
que de un conflicto á no verse
(Marcando las palabaas.)
libre y seguro, no hubiera
consentido que se hiciera
lo que no podía hacerse.
(Pausa y transición.)
¡Me casé en la juventud,
(Dirigiendo el relato á Alberto.)
tuve un hijo, flor de un día!
Su madre, cuando él moría
ya estaba en el ataud.
Á vueltas con la amargura
de un dolor, que nunca pasa,
cierta noche hallé en mi casa
una pobre criatura.
Llamó con gemido blando
á mi pecho paternal,
bajé con ansia al portal
y la recogí volando.
¡Era un niño! claramente
su miseria revelaba
y escrito un papel llevaba,
que decía lo siguiente:
«¡Martiñi, en nombre del cielo,
»pues sois tan caritativo,
»servid de padre adoptivo
»á ese infeliz pequeñuelo.
»Los que le dieron la vida,
»no lo pueden sustentar
»y tienen que abandonar
»una prenda tan querida!

»¡Estaís sólo, en la viudez,
»todo vuestro regocijo
»se halla cifrado en un hijo,
»cifradlo en dos á la vez,
»y el sacrificio aceptad
»con fé generosa y tierna
»y Dios en su gloria eterna
»os premie la caridad!»
Guardé el papel, tomé al niño,
le dirigí una mirada,
(Aproximándose á Alberto.)
dulcemente acompañada
de piedad y de cariño,
y ví en su faz candorosa
dilatarse una sonrisa,
como luz indecisa
del alba sobre una rosa...
y embriagándome en la calma
del más profundo embeleso,
le dí en la mejilla un beso
(Acompañando las palabras con un abrazo.)
y con aquel beso el alma! (Transición.)
¡Y tuve dos hijos!... ¡dos!
¡Luego no tuve más que uno!...
¡Y hoy me quedo sin ninguno
porque así lo quiere Dios!...
(Separándose de Alberto y con profunda amargura.)
¡Quién de aquel niño pensara
que en llegando á ser un hombre,
sonrojado de mi nombre
me lo arrojase á la cara!
¡Vale más, tienes razón,
pero mucho más, Alberto,
ir desnudo, que cubierto
de ignominia y de baldón!
(Leonor y el Abad se muestran enternecidos.)

ALB. ¡No discuto, no porfío!
(Muy conmovido también.)
¡Soy un vil, un insensato!
¡Perdón os pide el ingrato
de rodillas, padre mío!
(Cayendo á los piés de Gustavo, éste lo levanta

en sus brazos y lo estrecha contra su pecho. Pausa conveniente.)

GUST. ¡En mis brazos!

ABAD. ¡Leonor,

(Con marcado interés y señalando á la mesa donde estarán los papeles.)

si ser feliz te acomoda
ese regalo de boda...

LEONOR. ¡Oh, comprendo, sí, señor!

(Adivinando el pensamiento. Se aproxima á la mesa, toma el papel de la delación y lo hace pedazos con resolución y rapidez.)

¡Ya está roto!

GUST. ¡Dios te dé

(Con inmenso júbilo y casi sollozando. Pausa breve.)

su celestial recompensa!

(Música en la orquesta. Pausa y transición.)

Ya puedo partir. (Enjugándose una lágrima.)

ALB. (Con extrañeza.) ¿Quién piensa?

GUST. ¡Para siempre! (Con tono solemne.)

ABAD. ¡Cómo!

(También con extrañeza.)

LEONOR. ¿Qué? (Id.)

ALB. ¿Dónde vais?... (Con ansiedad.)

GUST. Lejos del mundo:
á sepultarme en seguida
por el resto de mi vida
en el cláustro más profundo.
Pues quizá consiga allí
penitente y solitario
hallar al Dios del Calvario
tras del Dios del Sinaí!
¡Decisión irrevocable
(Con tono natural y persuasivo.)
que ya pensada tenia,
aunque no para este día
que ha sido tan memorable!
¡Mas hoy me empuja el destino
con su mano despiadada!...
Y al salir de esta morada
(Con emoción y ternura.)

y al emprender mi camino,
quiero el bálsamo llevar
de un abrazo...
(Oprimiendo á Alberto contra el pecho y alargando el otro brazo para coger la mano de Leonor y besarla.)
y un perdón!... (Á Leonor.)
¡Y la santa bendición (Al Abad.)
del ministro del Altar!
(Caen los tres de rodillas y abrazados á los piés del Abad.)

ABAD. ¡Pues Dios, tú Juez soberano,
(Con solemnidad.)
todo piedad y clemencia,
acoge tu penitencia
y te absuelve por mi mano!
(Imponiendo la maño derecha sobre la cabeza de Gustavo y elevando la mirada al cielo. Telón poco rápido.)

FIN DEL DRAMA

NOTA.

Esta obra ha sido puesta y dirigida por D. Francisco Arderíus, á quien estoy en el deber de consagrarle una muestra pública de mi gratitud.

MÁRCOS ZAPATA.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.